
VENTURA TE DÉ DIOS, HIJO

Personas que hablan en ella:

- **OTÓN, caballero**
- **ROSELA, dama**
- **CÉSARO, letrado**
- **HONORATO, viejo**
- **GILOTE, villano**
- **CRISELIO, caballero**
- **CLEMENCIA, dama**
- **ALBERTO, soldado**
- **FULBIO, gramático**
- **AGUDO, criado**
- **OCTAVIA, dama**
- **GRIMALDO, viejo**
- **LISENO, caballero**
- **RAMÓN, alcaide**
- **CLAVELA, dama**
- **EL DUQUE de Mantua**
- **ENRIQUE, el conde de Plasencia**
- **Un PAJE**

JORNADA PRIMERA

*Sale OTÓN, de estudiante, con el Arte de
Antonio de Nebrija en la mano*

OTÓN: ¿Qué os hice yo, estrellas pías,
que tanto me perseguís?
¿Qué confusión infundís
en estas potencias mías?
 En un año que ha que intento,
por dar a mis padres gusto,
estudiar, y el *Arte* ajusto
a mi torpe entendimiento;
 por más que, a costa del sueño,
niego a la cama el tributo
y decorando sin fruto
soy más incapaz que un leño,
 la primer conjugación
aún no he podido aprender,
ni el primer tiempo saber,
tarea de mi lición.
 ¿Por qué consientes, Apolo,
si las ciencias te dan nombre,
gastar tanto tiempo a un hombre
sin saber un tiempo sólo?
 Pues no bastan desengaños,
ni el hallar por experiencia
que el principio de la ciencia
apetece tiernos años,
 más que mi madura edad,
para que a mi padre ablande
y que estudie no me mande
con tanta incapacidad,
 cielos, más memoria os pido,
porque soy siquiera amante,
que el amor y él estudiante

se infaman con el olvido.

Amo a Rosela divina;
 pensar en ella es mi gloria,
 y si es para mi memoria
 su imagen anacardina,
 séalo, estudios, también,
 para que en mí os autoricen,
 que nunca se contradicen
 saber bien y querer bien.

Ya es hora de dar lición;
 presto el preceptor vendrá;
 mas, ¿qué le aprovechará
 si en mí sus preceptos son
 lo que en el yunque el martillo?
 Ahora bien, decorar quiero
 aqúeste tiempo primero.
 ¡Oh, quién pudiera infundillo
 todo sin salir de aquí!
 ¡Ánimo, ingenio de plomo!
 Purga parece que tomo.
 El verbo es de *sum, es, fui*
 el que me hace trasnochar

*Comienza a decorar paseándose, y mirando de
 cuando en cuando el Arte*

y, me ocupa el tiempo todo.
 Vaya, indicativo modo,
 es el modo de mostrar.

Tempore presentí dice;

Lee

luego, "en el tiempo presente,"
 como aqúesto se me asiente
 al preceptor satisfice.

Dice luego, *sum*, yo soy,
es, tu eres. Adelante.

Est, aquél es. ¡Qué estudiante!
Aquesto basta por hoy.

Como el singular decore,
mañana sabré el plural
¡Que dependa yo tan mal,
y que tan bién me enamore!

Cierro el *Arte*, y decorar
quiero. ¡Qué mal me acomodo!
Vaya. Indicativo modo,

Paseándose

es el modo de mostrar.

Tempore presenti, el tiempo
presente. *Sum...* ¡Ea, pues,

Titubeando

sum, significa...aquél es.
Sin provecho gasto el tiempo.

Si no abro el libro es en vano.
¡Que una cosa tan común
me cueste a mí tanto! *Sum...*
¡Ah, memoria dé villano!

Lee

Sum, yo soy, me enseña aquí.
Lo que por el libro aprendo
lo olvido luego en leyendo.
¡Cielo! ¿en qué estrella nací?
¡Ah, gramática maldita!

Arroja el Arte

mal haya quien te inventó!
Si no soy para ti yo,
¿quién a que estudie me incita?

Vete con la maldición
Arte de embelecocos lleno;
 de mi memoria veneno,
 de mi ingenio confusión;
 que ni te quiero aprender,
 ni contigo es bien me asombre.
 Si es natural en todo hombre
 el deseo de saber,
 y hace en mí tan poco fruto
 la doctrina que me das,
 no me llamen hombre más,
 sino roble, estatua, bruto.
 ¿Hay tal desesperación?
 El preceptor sale. ¡Ah, cielo!

Sale FULBIO, maestro

FULBIO: Otón: ¿el *Arte* en el suelo?

Bien se sabrá la lición.

OTÓN: Arrójale la torpeza

que ez mi vil memoria ves;
 quizá entrará por los pies,
 pues no entra por la cabeza.

Por Dios, que es hombre terrible
 mi padre, pues en mi afrenta,
 gramático hacerme intenta,
 siendo en mí tan imposible.

Si a un verbo no hay dar alcance,
 ¿cuándo llegaré a su fin;
 ni cómo sabrá latín
 quien no sabe bien romance?

Aunque tengo padres, soy
 de edad varonil, que encierra
 más valor para la guerra
 que para el arte en que estoy;
 y si es bien que en esto notes,
 no son mis años capaces
 de facultad que a rapaces
 muestran palmetas y azotes.

FULBIO: Señor Otón, vuestro padre
 tiene, por ser principal,
 más nobleza que caudal;
 y porque el estado os cuadre
 a vuestro valor debido,
 que estudiéis a cargo toma;
 porque sus deudos que en Roma
 por las letras han valido
 hasta alcanzar el capelo,
 prometen haceros hombre.
 Estudiad, y no os asombre
 la incapacidad que al cielo
 queréis, ocioso, imputar.
 Sabio vuestro padre os vea,
 que no hay cosa que no sea
 difícil al comenzar.

 De la honra es breve atajo
 el estudio que el cuerdo ama,
 porque al templo de la fama
 se entra por el del trabajo.

 No cobra valor ni medra
 la ociosidad regalada,
 que una gota continuada
 rompe la más dura piedra.

 Uno y otro estudio venza
 la memoria hasta que abrace
 lo que os enseñó, pues hace
 la mitad el que comienza.

 Alzad el *Arte* del suelo,
 y estimadle en más, Otón.
 Ea, decid la lición
 que ayer os enseñé.

OTÓN: ¡Ah, cielo!

FULBIO: De ese verbo sustantivo
 el primer tiempo me dad.
 No os confundáis; comenzad.

OTÓN: Comienzo. Nominativo,
 sum...

FULBIO: ¡Donoso majadero!
 ¿Nombre hacéis a *sum*, *es*, *fu*?

¿No es verbo?

OTÓN: Dómine, sí.

FULBIO: Pues decí el tiempo primero.

OTÓN: ¿No fue en ese tiempo Adán?

FULBIO: ¡A propósito fray Jarro!

¡Por cierto, ingenio bizarro

por discípulo me dan!

¿No os enseñé, impertinente,
los tiempos del verbo? Estaba...

OTÓN: Ya... ya..., no se me acordaba.

FULBIO: Pues decí el tiempo presente.

OTÓN: El presente es bien bellaco,

si el cielo no lo socorre.

Moneda de vellón corre

y reinan Venus y Baco,

labra casas la lisonja;

es pescadora de caña

la verdad, la lealtad daña;

la ambición se metió monja.

Es ciencia la presunción,

ingenio la oscuridad;

el mentir sagacidad,

y grandeza el ser ladrón.

Vividor el que consiente;

buhonera la hermosura;

vende báculos la usura

y éste es el tiempo presente.

Y pues en él la ignorancia

vence a la sabiduría,

y en mí la dicha podría

ser de mayor importancia

que el latín que aprendo mal,

con vuestro *Arte* os avenid,

Arrójale

y a mi padre le decid

que no fuerce el natural

de su hijo con violencia,

que es hacer al cielo agravio,
y si me quiere hacer sabio
que me dé la suficiencia.

Vase OTÓN

FULBIO: El hombre ha dicho muy bien,
y me libra de un trabajo
que a tomarle yo a destajo
perdiera el seso también.
¡Jesús, qué gran matalote!
Más ha de un mes que le di
de lición a *sum, es, fui*,
que la abarca y el capote
del rústico más común
le aprendiera en media hora,
y sáleme el poste agora
con nominativo, *sum*.
¡Qué de Otones que me miran,
discretos en la opinión,
que para el Antonio son
tamquam asinus ad lyram.

Vase FULBIO. Salen ROSELA, dama, y AGUDO

ROSELA: De modo contenta estoy,
que pues no hago acciones locas,
no muestro que hermana soy
de César. Albricias pocas
por tales nuevas te doy.
¿Que mi hermano tanta estima
por sus letras ha alcanzado?

AGUDO: Toda Italia le sublima
por el más noble letrado
que lee cátedra de prima.
No tiene jurisperito
Europa sabio como él;
su nombre en Bolonia escrito

por las calles, el laurel
le ofrece.

ROSELA: Gozo infinito
 con esas nuevas me das.
 ¡Qué alegre estará Honorato,
 mi padre!

AGUDO: No quieras más,
 que él solo al de Monferrato,
 cuya guerra ya sabrás
 que con el de Mántua tiene,
 ha sido causa total
 de las paces que previene.

ROSELA: Cuéntame eso.

AGUDO: Gloria igual
 a ganar su valor viene.
 Dos años ha, como sabes,
 que sobre la posesión
 de algunas ciudades graves,
 que en esta comarca son
 de Italia y Milán las llaves
 el duque de Mántua viejo,
 y el marqués de Monferrato,
 los dos de la guerra espejo,
 con militar aparato
 perturban paz y consejo;
 y remitiendo a la guerra
 pareceres de letrados,
 que el más sabio tal vez yerra,
 de Italia los potentados
 han convocado a su tierra.
 Peleaban cada día,
 y combatiendo murallas
 la dicha y la valentía,
 en asaltos y en batallas
 se abrasaba Lombardía.
 Y sin poder componellos
 los que la paz intentaban,
 la Ocasión andaba entre ellos,
 de quien, ciegos, procuraban
 sin verla, asir los cabellos.

Cansados de guerras, pues,
entró el papa de por medio,
llamando al duque y marqués;
y, para poner remedio
en tan prolijo interés,
 mandó que buscar hiciesen
al más ilustre letrado
que las leyes conociesen,
en cuyo estudio y cuidado
sus pleitos comprometiesen.

Dio la diligencia prisa,
y volando a las ciudades
de Italia la fama, avisa
a las universidades
de Perusa, Fermo y Pisa.

Vienen letrados de Roma,
los suyos Bolonia apresta;
mas, César, que los doma,
como el sol se manifiesta
cuando entre estrellas asoma.

Rindiéronse a su opinión
cuantos ser jueces quisieran,
y no fue grande blasón,
pues también lo mismo hicieran
Bártulo, Baldo y Jasán.

Juez árbitro le nombraron
el duque y marqués al fin,
y después que le informaron,
de dar a sus guerras fin
y pasar los dos juraron
 por su sabio parecer,
en la justicia resuelto,
que no admite corromper.

Y después de haber revuelto
todo el derecho, a vencer
 vino el duque; pero dió
César tales razones
y tan eficaz habló,
que a pesar de discusiones
a los dos apaciguó,

con que la hermosa Clemencia,
hija del duque, se case
con el conde de Placencia,
hijo del marqués, y pase
la guerra a bodas y herencia.

Vinieron los dos en esto,
y a César aficionado,
en el gobierno le ha puesto
el duque de sus estados;
y el marqués, que ve compuesto
tan a su satisfacción
pleito tan largo y reñido,
en muestras de su afición
de joyas le ha enriquecido,
y una villa en posesión
y mayorazgo le ha dado,
premio de su mucha ciencia;
y para vos ha alcanzado,
siendo dama de Clemencia,
esperanzas de un condado,
con el esposo que os dé.
Ved lo que el estudio alcanza.

ROSELA: Pues de estado mejoré,
voluntad, a la mudanza
estatuas levantaré.

Villano padre dió el ser
al mío, que mejoró
con el trato mercader.
Bieldos en varas trocó
y el sembrar por el vender.

Admití la voluntad
que mostró tenerme Otón,
ilustre en esta ciudad,
creyendo de su afición
interesar calidad

a mi sangre con su amor,
que aunque pobre, es caballero;
pues dándome él su valor
y yo en trueco mi dinero,
lucieran los dos mejor.

Pero, pues, la diligencia
de mi hermano le sublima
a tan noble preeminencia
y, en fe de su mucha estima,
he de privar con Clemencia,

Otón mude de cuidado,
que ya los cielos serenos
de mi amor se han anublado;
porque no pienso ser menos
que esposa de un titulado.

AGUDO: A eso y más puede animarte
César, del mundo espejo.

Vase AGUDO. Sale OTÓN

OTÓN: Rosela, por adorarte
odiosos estudios dejo;
que al natural cansa el *Arte*.
¿Qué gramática mejor,
qué más noble facultad,
qué ciencia de más valor
que la que halla en tu beldad
mi correspondido amor?
Estudie nominativos
quien como yo no se asombre,
y aplíqueles adjetivos,
como declinen tu nombre
mis deseos siempre vivos.
Conjuguen a *sum, es, fui*,
sin mí los demás desde hoy,
pues sólo de él aprendí,
mi bien, con el *sum*, que soy
tuyo y no vivo sin ti.
Si se enojare mi padre
porque en su gusto no vengo
va le cuadre o no le cuadre,
a tu amor por padre tengo
y a tu hermosura por madre.
Abre el amoroso labio,

hónreme tu sí dichoso,
 no hagas a mi fe agravio,
 que más quiero ser tu esposo
 que, no siéndolo, ser sabio.

ROSELA: (¡Qué donoso impertinente!) Aparte

Otón, pobreza y valor
 no son dote competente,
 ni anda ya desnudo Amor
 en la opinión de la gente.

Si ya que eres ignorante,
 tuvieras hacienda, Otón,
 estimárate constante;
 que el tener es disareción
 y el oro se ha vuelto amante.

El cielo a mi hermano ha dado
 tantas letras, que le ven
 por ellas entronizado,
 y siendo sabio, no es bien
 darle a un necio por cuñado.

De tu ignorancia me pesa.
 César me ha prometido,
 por lo que en esto interesa,
 que no ha de ser mi marido
 quien no me llame condesa.

OTÓN: Respondes como mujer,
 pues en la hacienda reparas;
 hija al fin de mercader
 que mide su amor a varas
 en la tienda del tener.

¿Al interés amor llamas?
 Amor no es más que valor
 de la voluntad que infamas.

ROSELA: Pues tú ¿qué sabes de amor
 si aún no has llegado a *amo, amas?*

Anda, vete a *sum, es, fui.*

OTÓN: Sí haré, que soy caballero,
 y seré siempre el que fui,
 el ser villano y grosero
 de un terrón al que hay en ti.

Yo, soy yo.

ROSELA: ¿Dasme lición?

OTÓN: Y tú, eres tú.

ROSELA: A conjugar
te vas enseñando, Otón;
mas tu amor no ha de llegar
conmigo a conjugación,
ni a ser amante tampoco,
que más adelante pasa.

OTÓN: A no estimarte tan poco,
villana...

ROSELA: ¿No hay quien de casa
a palos me eche este loco?

Sale AGUDO

AGUDO: Albricias, señora mía;
tu padre y hermano están
en casa, y a Mántua van.
Por ellos el duque envía
y por ti, porque madama
Clemencia te hace favor.

A OTÓN

ROSELA: ¿Es justo estimar tu amor
cuando un príncipe me llama?
Bien pudiera castigar
tu ignorante desacato
si a César y a Honorato
cuenta de él quisiera dar;
mas en fe de tu desprecio
bástete, Otón, por agravio
que él venga a ganar por sabio
lo que tú pierdes por necio.
Y pues de ti no hago caso,
por lo que te falta de hombre,
declina casos de un nombre,
mientras en Mántua me caso,

que *musa, musae*, te excusa,
 pues mientras te corresponde,
 me casarán con un conde
 y a ti, ignorante, con *musa*.

OTÓN: ¡Que esto sufro! ¡Que esto escucho!
 ¡Que esto causa el no saber!

*Salen de camino, como letrado galán
 CÉSARO, y HONORATO, viejo*

HONORATO: ¡Hija!

CÉSARO: ¡Hermana!

ROSELA: Si el placer
 da la muerte cuando es mucho,
 no sé, hermano, cómo vivo.
 Si honró el laurel tu cabello,
 honre mis brazos tu cuello,
 en que el alma te apercibo.
 Ya sé cuán sabio te nombra
 la fama que te engrandece;
 que el duque te favorece;
 y a mí, que estoy a tu sombra.
 Ya sé que él con el marqués,
 por bastar a apaciguallos,
 te hacen señor de vasallos
 y conde te harán después.
 Ya sé que entro en la privanza
 de madama, y que por mí
 vienes, levantando así
 hasta el cielo mi esperanza;
 que a mi padre da valor
 la vara, que en ti mejora,
 si de medir hasta agora,
 ya en ti de gobernador.
 Sé que a tu sangre enriqueces,
 y aunque honrarte tanto escucho;
 sé, en fin, si te han dado mucho,
 que infinito más mereces.

CÉSARO: Yo sé, Rosela querida,

lo que basta a ennoblecer
mi linaje, sangre y ser.
Prevén luego tu partida,
que te esperan dos carrozas.

ROSELA: ¿Dos?

HONORATO: ¿Pues eso te ha espantado?

Yo espero verte en estado,
si un año a tu hermano gozas,
que te llame su mujer
un Colona o un Gonzaga.

ROSELA: ¡Ay, padre! El cielo lo haga.

OTÓN: (Saber y ensoberbecer Aparte

todo es uno. La ambición
de éstos me ha causado risa.)

CÉSARO: Yo, hermana, vengo de prisa.

ROSELA: Vamos.

CÉSARO: ¡Oh, señor Otón!

¿Aquí está vuesa merced?

OTÓN: Con el contento y el gusto
que en esta ocasión es justo.

CÉSARO: Todo es hacerme merced.

Ya estará bravo latino.

¿Cómo va de construir?

Versos sabrá ya medir;
no envidiará a Calepino.

ROSELA: ¡Y cómo! No hay quien le iguale.

Es en *sum, es, fui* la prima;
que tanto lo que es estima,
que del *sum, es, fui*, no sale.

CÉSARO: Hace bien, que es caballero.

Estudie, haga lo que manda
su padre; que el tiempo ablanda
el ingenio más grosero.

Sus treinta años poco más
debe tener; muchacho es;
tiempo le queda después
para aprender lo demás.

¿Azótale el preceptor?

OTÓN: Por la lición honra fuera;
mas si el verdugo los diera

en cas de algún labrador,
fuera afrenta conocida.

CÉSARO: ¿Tan presto se ha de picar?

OTÓN: Muchos suelen azotar
porque dan mala medida.

Como mercader no fui
no temo azotes por esto.

CÉSARO: Yo no me corrí tan presto,
aunque lo diga por mí.

HONORATO: ¡Vive Dios! Hidalgo pobre...

CÉSARO: Basta, padre, que la ciencia
es madre de la prudencia.
Humos con su sangre cobre,
y advertid que entran acá
sus padres. Estudie, hermano,
que yo le daré la mano.

OTÓN: ¡Qué de callos que tendrá!

Salen GRIMALDO, viejo, y OCTAVIA su esposa

GRIMALDO: ¡Que el *Arte* arrojó en el suelo!
¿Hay atrevimiento igual?

OCTAVIA: Ir contra su natural
es contradecir al cielo.
Si el estudio a Otón repuna,
no le pidáis al acero
ni al plomo que sea ligero.

GRIMALDO: No es para cosa ninguna.
¡Vive Dios! Que ha de guardar
los ganados en la aldea.

OCTAVIA: No hará tal, que aunque no sea
capaz Otón de estudiar,
es vuestro hijo, y yo su madre,
y es bien que ande en traje noble.

GRIMALDO: ¿Hijo mío un bruto, un roble?
¿Yo de un mentecato padre?

OCTAVIA: ¿Qué sabéis vos la ventura
que Dios le tiene guardada?

GRIMALDO: Quien ni por pluma ni espada,

Octavia, medrar procura,
 ¿qué puerta abierta hallará
 para conseguir valor?

OCTAVIA: El nuevo gobernador
 es el que presente está.
 Vuestro enojo refrenad.

GRIMALDO: Antes me corro de ver
 que un hijo de un mercader
 de tan baja calidad,
 que ayer eran unos bueyes,
 con una pajiza casa
 todo su caudal, hoy pasa
 desde el azada a las leyes.
 ¡Que por su estudio presume
 ganar honrosos blasones
 destripando ayer terrones,
 y hoy laureando su pluma,
 y que este bárbaro ultraje
 mi sangre con su rudeza,
 y cuando en César empieza,
 acabe en él su linaje!
 Quién se pudiera volver
 sin ser visto, por no darle
 el parabién.

OCTAVIA: Llega a hablarle
 que le habremos menester.

GRIMALDO: Pues es ya gobernador
 de nuestro duque, es forzoso.

Llega a CÉSARO

Gocéis, César dichoso,
 con otro cargo mayor
 el fruto bien merecido
 que premian en vos los cielos
 de vuestro estudio y desvelos,
 pues tan bien se os ha lucido.

CÉSARO: ¡Oh! Grimaldo, ¡oh, Octavia aquí!
 Si me hubierais menester

gustaré haceros placer.

GRIMALDO: (¿Placer? ¡Que nos hable así Aparte
el nieto de un tosco arado!)

HONORATO: César es gobernador
de nuestro duque y señor,
y un título le ha mandado.
Por la buena vecindad
que con vos tenido habemos,
ved si hay en qué, que os haremos
cualquiera comodidad.

Vase HONORATO

ROSELA: Y yo, si el duque me casa
con un conde, cual codicio,
recibiré en mi servicio
a Otón, y honraré en mi casa.

Vase ROSELA

CÉSARO: Y yo lo mismo os prometo.
Mas, pues tan ignorante es,
hacedle que sea cortés,
ya que no podéis discreto;
no le enseñe yo si alcanza
a dar de sí testimonio,
en vez del *Arte* de Antonio,
el de la buena crianza.

Vase CÉSARO

GRIMALDO: ¡Que esto haya yo consentido
y caballero me llame!
¡Que de esta suerte un infame,
cielos, me haya respondido!
¡Un viejo sin calidad!

OCTAVIA: ¡Ah, Fortuna, toda extremos!

GRIMALDO: "Ved si hay en qué, que os haremos
cualquiera comodidad."

¡Por cuatro letras que sabe!

OCTAVIA: "Si me hubieráis menester
gustaré haceros placer."

¡Arrogante, necio y grave!

GRIMALDO: ¡Un rústico...! ¡Que esto pasa

y no pierda yo el jüicio!

"Recibiré en mi servicio

a Otón y honraré en mi casa,"

y por última venganza,

infame, para afrentarte

me dicen que en vez del *Arte*

te enseñe buena crïanza.

La del campo es la mejor.

Un labrador estudiante

te infama, torpe, ignorante.

Desde hoy serás labrador,

que si a ser noble comienza,

quiero, pues que te envileces,

que por donde acaba empieces.

Quizá así tendrás vergüenza.

¡Hola!

OCTAVIA: Grimaldo; señor,

sosegad y no hagáis caso

de quien caerá al mismo paso

que sube a buscar valor.

Si se os ha descomedido

el villano entronizado,

él, como tal, os ha hablado,

vos, como noble, sufrido.

¿Qué culpa vuestro hijo tiene

de lo que el otro os enoja?

¿Da la Fortuna que escoja

ingenio a quien por él viene?

Dios no le quiere estudiante,

ni será justo que vos

queráis hacer más que Dios.

GRIMALDO: Quitáosme, Octavia, delante,

que os haré...

Desnúdase OTÓN

GILOTE: Otro danzante tenemos.
Mas, ¿si quiere que juguemos
a los batanes los dos?

OCTAVIA: No he de sufrir tal agravio,
aunque muriendo os resista.
Cada cual su traje vista,
tosco el tosco, sabio el sabio.

OTÓN: Señor, si el cielo permite
mostrárame siempre extraño

GRIMALDO: En el estudio de un año,
cuando el trabajo compite
con el más contrario clima,
no resiste la ignorancia,
porque en la perseverancia
la honra ha puesto su estima.
Vístete ese tosco sayo.

GILOTE: ¿Compréle yo para él?
Tres varas tién de buriel.

Vístese OTÓN de pastor

GRIMALDO: Aun un tordo, un papagayo,
una urraca, un cuervo,
en fin, estudia lo que no entiende,
y si le enseñan, aprende
a hablar romance o latín;
con que afrentándote están,
pues saben lo que tú no.

GILOTE: Es verdad; también habló
la borrica de Balán.
Mas de eso ¿qué culpa tién
mi capote? ¡Aquí de Dios!

GRIMALDO: Esa ropa es para vos.

GILOTE: ¿Gil de escolar? ¡Oh, qué bien!

OTÓN: (¡Que esto mi padre pèrmita! Aparte
Su respeto me acobarda.)

OCTAVIA: La dicha que Dios te guarda,
tu obediencia solícita.

No en las letras solamente
consiste, Otón, ni se alcanza
nuestra bienaventuranza.
Ser dichoso el hombre intente.

Poco te importa ser sabio,
si no fueres venturoso;
rinde el necio al ingenioso,
y aunque conoce su agravio,
el cobarde se asegura
con dicha, y vence al valiente;
no hay desdichado prudente;
siempre es necia la ventura.

Ya el saber mucho es odioso;
la ignorancia subió el precio
tanto, que importa ser necio
para ser uno dichoso.

Déte Dios, hijo, ventura;
que ella traerá lo demás.

GRIMALDO: Si esas liciones le das,
¿más que aprenderlas procura?

Vente conmigo al aldea,
daréte en ella el estado
que tu estudio ha granjeado,
que no osaré que me vea

Padua, afrentado por ti
de la boca de un villano.

OTÓN: (¿Posible es, tiempo tirano, Aparte
que me has de afrentar así?)

Hijo tuyo soy, señor;
haz de mí cuanto quisieres.

GRIMALDO: ¿Mi hijo? ¡Mientes! Tú eres
hijo de algún vil pastor.

OTÓN: Madre, adiós.

GRIMALDO: ¿Tú, de mi casta?
Ven.

OTÓN: Obedecerte elijo.

OCTAVIA: Ventura te dé Dios, hijo,
que el saber poco te basta.

Vanse y queda GILOTE

GILOTE: Heme aquí a mí ensotano.

¿Qué ha de decir si me ve
Torilda? Sí, que burlé
antojos de su preñado.

Mas no, que si hue ell el antojo
morder del pescuezo al cura,
porque viva la criatura
y a él no le crezca el ojo,
herme cura es agudeza;
muérdame a mí, en conclusión;
que más vale un mordiscón
que estorbos en la cabeza.

Vase GILOTE. Salen CRISELIO y LISENO, cortesanos

LISENO: Sosiégate, señor.

CRISELIO: Morir, Liseno,
es mejor que vivir desesperado,
Si celos, como sabes, son veneno,
¿cómo podré vivir atosigado?
Dos años ha que sirvo, mil que peno
de madama Clemencia enamorado,
y al cabo de esperanzas y desvelos,
por pagar amor mal, me paga en celos.
Del duque soy de Mántua noble primo,
acrecentar creí su parentesco
con el de yerno. ¡Ay, Dios! ¿Cómo reprimo
el fuego riguroso que padezco?
Servíle en estas guerras, y al arrimo
del amor que tiránico obedezco,
cuando a Clemencia imaginé por mía,
en lugar de Raquel me dan a Lía.
¿Yo, Liseno, a Clavela? ¿Yo su esposo?
¿Qué importa que del duque sea sobrina?
¿qué importa que su dote caudaloso

incline al interés, si a amor no inclina?
 Estoy loco, estoy muerto, estoy celoso.
 Quien con celos Y amor no desatina,
 ni siente agravios, ni de veras ama.
 ¿Enrique con Clemencia, y yo sin dama?
 Deja, Liseno, que mi honrada furia
 me dé la muerte aquí.

LISENO: ¡Señor!

CRISELIO: ¿Clemencia
 del conde, y yo, villano de Liguria,
 quien la lleva cobarde a su presencia?
 ¿Yo autor infame de mi propia injuria?
 ¿Yo vil ejecutor de mi sentencia?
 ¿Yo amante suyo a intitular me atrevo?
 ¿Yo, que la adoro, yo a casar la llevo?
 Ésta es traición que contra mí ejecuto.
 Perdone el duque, si por hacer paces,
 al conde da de mi trabajo el fruto.

LISENO: No des voces, señor, mira lo que haces.

CRISELIO: Amor venza mi industria, porque astuto
 a mi esperanza amante satisfacés.
 Yo estorbaré que el conde de Placencia
 a Mántua herede, y case con Clemencia.

LISENO: Ya cualquiera remedio vendrá tarde
 pues a este castillo la has traído,
 y a Padua ha de llegar aquesta tarde,
 donde el duque y marqués han concurrido.

CRISELIO: Siempre falta ocasión al que es cobarde,
 y sobra tiempo y dala al atrevido.
 Yo haré que en no casarse se resuelva,
 aunque la guerra a sus principios vuelva.

LISENO: Al conde de Placencia está aguardando,
 que hasta aquí ha de salir a recibilla,
 y si tan presto llega, no sé cuando
 podrás a no casarse persuadilla.

CRISELIO: En un hora se vió Troya abrasando.
 Sólo un tiro murallas aportilla.

LISENO: Madama sale.

CRISELIO: Amor, volando obra,
 que a quien valor no falta, el tiempo sobra.

Salen CLEMENCIA y CLAVELA, de camino, y RAMÓN, alcaide

RAMÓN: De que el duque sea servido
de honrar esta fortaleza,
señora, con vuestra alteza
notable suerte he tenido.

Presto el conde de Placencia,
llegando aquí gozará
la ventura que le da
tal esposa y tal herencia.

Dichoso pleito, por Dios,
más que la guerra crüel,
pues sentenciado contra él
el fruto goza con vos.

CLAVELA: Lo que no pudo la guerra,
las paces han concluido.

CLEMENCIA: Sin verle me dan marido.
No sé si mi padre yerra,
pero sé que su hija soy
y que es fuerza obedecerle.

CLAVELA: Hoy, prima, tienes de verle.

CLEMENCIA: Y también me casan hoy.
¿Cuándo has visto tú, Clavela,
boda y vistas en un día?

CRISELIO: (Favoreced, dicha mía, Aparte
mi mentirosa cautela,
que pues no ama al desposado,
bien mis engaños saldrán.)

CLEMENCIA: Aun más término le dan
de vida a un ajusticiado.

CLAVELA: Tu padre tiene buen gusto.

CLEMENCIA: Ello es hecho; no hay que hablar.
¡Oh, Criselio!

CRISELIO: Descansar
del camino será justo
que madrugó vuestra alteza.

RAMÓN: Contra el calor que hoy abrasa
no hay defensa en esta casa

mejor que esta baja pieza.
 Sale a ese fresco jardín,
 y él luego a un bosque que abraza
 deleitosa pesca y caza.

CLEMENCIA: Pasatiempo vuestro, en fin.

RAMÓN: Y deseoso de honrarse
 con vuestra hermosa presencia.

CLEMENCIA: Pase del sol la inclemencia
 y deje comunicarse,
 que por él nos partiremos.

RAMÓN: En fe de eso están sus puertas
 con vos seguras y abiertas;
 que castillo en que tenemos
 por huésped a vuestra alteza
 cerrarse fuera traición.

CLEMENCIA: Noble y cortés sois, Ramón.

RAMÓN: Para vos no hay fortaleza.
 Dormid, señora, segura.

Vase RAMÓN

CRISELIO: Un poco tengo que hablarte.

CLEMENCIA: Después.

CRISELIO: Ha de ser aparte.

CLAVELA: (¿Mas qué pedirla procura Aparte
 que sus bodas regocije
 con las mías, que me adora?)

CLEMENCIA: ¿Vaste, prima?

CLAVELA: Adiós, señora.

Vase CLAVELA

CRISELIO: No quiero con preámbulos decirte
 lo que la prisa impide ponderarte,
 pues basta mi lealtad a persuadirte
 y el tener yo en tu sangre tanta parte.
 Sólo quiero que en premio de servirte,
 si mi amor es indigno de obligarte,

el corazón y el alma, que socorre
con avisos del daño que previene,
pues no sin causa tan forzada viene.

Sin conocer al conde le aborrezco
que así con su traición mi desdén cuadra.
Mi honra mira.

CRISELIO: Defenderla ofrezco.

Enciérrate, señora, en esa cuadra,
que en la espesura de este monte fresco
para este daño prevení una escuadra
de amigos y soldados, que procura
servirte, con quien puedes huír segura.

Si mientras vuelvo llega el falso conde,
hazte fuerte y da voces, que al instante
seré contigo y con mi gente en donde
hazañas viles de un traidor quebrante.
La puerta del jardín que corresponde
al bosque y está abierta, es importante.

CLEMENCIA: ¿Avisaré a Clavela?

CRISELIO: No, señora;
que estriba todo en el secreto agora.

CLEMENCIA: ¡Oh, conde fermentido!

CRISELIO: (Amor, ayuda; Aparte
que si a Clemencia venturoso llevo
y aseguro el amor que he puesto en duda,
a ser del duque sucesor me atrevo.
Mi gente está emboscada, porque acuda
al amoroso robo. Ulises nuevo
me llaman mis engaños y prudencia;
segundo París soy.) Adiós, Clemencia.

Vase CRISELIO

CLEMENCIA: De la poca voluntad,
conde traidor, que te tengo
a sacar en limpio vengo
que es cierta tu deslealtad.
Heredas la enemistad
que entre tu sangre y la mía

ha asombrado a Lombardía,
y la costumbre y bajeza,
que en ti es ya naturaleza,
viles pensamientos cría.

Aunque en parte estoy contenta
de tu intención alevosa,
pues me impide el ser tu esposa
y mi libertad aumenta.

VOZ: El conde viene; dad cuenta Dentro
a madama.

CLEMENCIA: ¡Ay, Dios! ¿qué es esto?

Mi peligro es manifiesto
y afrenta, pues llegó ya
el traidor, que no podrá
Criselio volver tan presto.

La puerta cerré con llave;
mas, ¿de qué servirá--¡ay, cielo!--
si da con ella en el suelo
quien dar con las honras sabe?
El ánimo, honor, acabe
lo que Criselio concierta.
Al bosque sale la puerta
de éste, y ¿quién duda
que por darme el cielo ayuda
quiso que estuviese abierta?

Por ella dice que aguarde
su ya espacioso favor.
Buscarle será mejor
que llorar si viene tarde.
Alas da el temor cobarde.
Si las llevo, ¿qué dilato
mi partida? Conde ingrato,
contra el Marqués que te apoya
será imitación de Troya
tu Placencia y Monferrato.

Vase CLEMENCIA. Sale OTÓN con un gabán de campo

OTÓN: Umbrosas arboledas,

avarientas al sol, al aire francas,
 pues le impedís que vuestros troncos dore;
 fuentes que jamás quedas,
 rubias arenas entre guijas blancas
 criáis donde Narciso se enamore,
 a que os habite y llore
 me envía el desprecio,
 si río rehusáis que os acompañe un necio.

Ya que letras no entienda
 en que la gente funda sus caudales,
 sublima ingenios y establece grados,
 en vosotros aprenda
 mi dicha, pues sois libros naturales,
 por el abril curioso encuadernados.
 Darán a mis cuidados
 por fin de mis congojas
 las aves, plumas; vuestros ramos, hojas.

Si de Rosela amante
 un tiempo la adoré, y en su hermosura
 fundada la ambición tocó a mudanza,
 miraréla arrogante
 en vuestras hojas, flores y frescura,
 y luego en el invierno mi venganza,
 que contra la esperanza
 de la hermosura ingrata
 trueca el oro de abril enero en plata.

Dad alivio a mi queja,
 montes alegres, soledad segura,
 así jamás os desampare Flora.
 Mi madre me aconseja
 que busque mi ignorancia a la ventura,
 pero ni se quién es ni adonde mora.
 Pedidme de ella agora,
 que es tormento doblado
 el ser a un tiempo noble y desdichado.

Sale CLEMENCIA, en zapatillo, huyendo

CLEMENCIA: Pastor, vaquero, serrano,
 si se halla alguna nobleza
 en tu llana rustiqueza,
 que tal vez en el villano
 se hospeda la cortesía
 mejor que en la sangre clara,
 socorre agora y ampara
 a quien de ti su horior fía.

Escóndeme de un traidor
 que mi deshonra pretende
 y con la venganza ofende
 las prendas de su valor.

Mira que se acerca aquí
 quien sólo injuriarme espera.

OTÓN: Si la ventura viviera
 como la nobleza en mí,
 no me diéradés el nombre
 con que me habéis injuriado;
 pero soy tan desdichado
 que aun no merezco ser hombre.

¿Qué temor os acompaña?

¿El que os agravia quién es?

CLEMENCIA: Yo te lo diré después.
 Si tienes casa o cabaña,
 en ella esconder procura
 a quien un traidor asalta,
 que podrá ser, si te falta
 como dices, la ventura,
 que por mí seas dichoso.

OTÓN: No me obliga el interés.
 Noble soy y soy cortés,
 aunque a las letras odioso.
 Una granja está aquí cerca
 de un padre, que por castigo
 de que el estudio no sigo,
 que ni se hereda ni merca,
 en este traje me ha puesto.
 Tiene condición terrible,
 y si os ve, será posible
 que os maltrate, descompuesto,

sospechando si allá os llevo
lo que en los años prolijos
culpan en los mozos hijos.
Mas, venid, que yo me atrevo,
vistiéndoos de labradora,
de manera disfrazaros,
que cuando intente agraviaros
quien la ley de noble ignora,
pague al valor que me esfuerza
la traición con que os asalta;
que a quien el ingenio falta
le suele sobrar la fuerza.
Venid, que harta dicha ha sido
la que ya me favorece,
pues defenderos merece.
La que contigo he tenido
te ofrece, pues generoso
quieres defender mi agravio,
hacerte, ya que no sabio,
por la menos venturoso.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Salen GRIMALDO y OCTAVIA

GRIMALDO: Yo le haré que tenga seso,
pues no le puedo hacer sabio.
¿Tras ignorante, travieso?

OCTAVIA: ¡Grimaldo!

GRIMALDO: ¡Con buen resabio
ha salido! Estará preso,
--¡vive Dios!--hasta que olvide
las pasiones que ha trocado
por las letras que despide.
¡Bueno! ¿Otón enamorado
cuando en el campo reside?
¿Mujercillas en mi quinta?

OCTAVIA: Ésta es una labradora,
no cual vuestro enojo pinta.

GRIMALDO: Echadla, Octavia, en mal hora,
o la que traigo en la cinta
dándola de espaldarazos
mi cólera amansará.
¿Qué mucho si en tales lazos
gasta el tiempo cuando da
al amor torpes abrazos,
que ni lo que estudia sepa
ni haga cosa de valor?
No hallo yo pecho en quien quepa
el estudio y el amor,
que de la virtud discrepa.
La torpeza no conserva
letras con que el sabio viva
de los vicios contrahierba,

que si Venus es lasciva,
por eso es virgen Minerva.

¡Bien en la quinta se emplea!

Con tan buenos cartapacios
estudiando en el aldea,
olvidará los palacios
que el ocioso amor pasea.

No me repliquéis, Octavia;
preso ha de estar; despedid
esa mujer si sois sabia.

OCTAVIA: Desenojáos y advertid
si Otón con ella os agravia,
y castigadle después
que lo hayáis averiguado.

GRIMALDO: ¡Que siempre en las madres es
el amor desatinado!

OCTAVIA: Como no hay otro interés
que premie lo que nos cuesta
un hijo, sino el amor,
más sus fuerzas manifiesta.

GRIMALDO: ¿Queréis indicio mayor
de la afición deshonesta
que Otón tiene a esa mujer?
Pues advertid el cuidado
con que vive desde ayer
que en casa se ha acomodado,
que yo he procurado ver
si a solas se hablan, y han sido
tantas las muestras y tales
de amor, que me han persuadido
a que en lazos desiguales
se han de casar, si no impido
este desatino luego.

OCTAVIA: ¿Vos lo visteis?

GRIMALDO: Yo, que sé
las propiedades del fuego,
que aunque de lejos se ve,
da luz y es para sí ciego.
Por eso en el fuego ha puesto
Amor su esfera; y así

despedidla, Octavia, presto,
y dejadme hacer á mí,
que yo me entiendo.

OCTAVIA: ¿Qué es esto?

*Salen el CONDE Enrique, el DUQUE, viejo, CRISELIO,
CLAVELA, ROSELA, CÉSARO y RAMÓN, todos de camino*

DUQUE: Si con alguna traición
no provocáis mi paciencia,
mirad, conde de Placencia,
que usáis mal de la ocasión
 que el cielo da a nuestras paces.
¿Qué es de Clemencia, que en ella
mi vida estriba?

CONDE: A perdella
los sentimientos que haces,
 gran señor, no son tan grandes
como los que quien ignora
esta desdicha y la adora
ha de padecer. No mandes
 impedirme de esa suerte
la ventura que intereso;
que habrá de costarme el seso,
si no me cuesta la muerte
 la pérdida lastimosa
de su adorada belleza.

CRISELIO: Conde, en vuestra fortaleza
estuvo Clemencia hermosa.
 Para la amorosa entrega
de estas paces la llevé
y en la cuadra la dejé,
que su depósito niega.
 Hallar la puerta cerrada
y abierto el falso jardín
del bosque, si no es a fin
de alguna traición pensada,
 no sé lo que conjeture.

DUQUE: El alcaide es deudo vuestro;

y como en ardidés diestro,
no me espanto que procure
en mi agravio la venganza
que posponéis al amor.

RAMÓN: Yo nunca he sido traidor.

CONDE: Ni mi burlada esperanza
se persuadirá jamás
a que de industria no haces,
para deshacer las paces,
que eternas fueran de hoy más,
Duque, aqúese estratagema;
que estarás arrepentido,
que siendo yo su marido
peligros de amor no tema;
y para que no la goce
la habrás mandado esconder.

DUQUE: Nunca se atrevió a ofender
mi valor quien le conoce.
Y cuando yo no quisiera
que la paz llegara a efeto,
no me puso en tanto aprieto,
Conde, vuestra guerra fiera
que me obligue a compromisos
ni a usar de tales engaños.

CONDE: Truecan los maduros años
faltas de esfuerzo en avisos;
e intentaréis deshacer
lo concertado con eso;
pero esté el alcaide preso,
duque, y en vuestro poder
mientras se sabe quién es
el que ocasiona la ausencia
y pérdida de Clemencia.
Veremos si mi interés
o el vuestro queda culpado.

DUQUE: Soy contento.

RAMÓN: ¡Gran señor!

CRISELIO: (¿Qué es esto, confuso Amor? Aparte
¿Cómo os me habéis malogrado?
Mientras por mi gente fui

y con engaños tracé
la ganancia que intenté,
mi dama y dicha perdí.

Pero un consuelo me queda,
y es que no la gozará
el conde, ni Amor querrá
que mal mi industria suceda.)

CÉSARO: (Mi dicha se desbarata Aparte
si Clemencia no parece;
que el duque que favorece
mis letras y honrarme trata,
ni de mi se ha de acordar,
ni el marqués de mí hará caso.)

ROSELA: (Con mi desdicha me caso Aparte
si no me vengo a casar
con el conde imaginado.)

CLAVELA: (Si mi prima falta, cielos,
aunque sosieguen los celos
que ella y Criselio me han dado,
como el duque no sosiegue
¿qué gusto podré tener?)

GRIMALDO: ¿Qué causa ha podido haber
para que a mi quinta llegue
así el duque alborotado,
con el conde de Placencia?

OCTAVIA: Si no parece Clemencia,
bastante ocasión le han dado.

Sale CLEMENCIA en traje de pastora

CLEMENCIA: Pues los cielos te han traído,
padre invicto, duque justo,
a esta quinta, asilo sacro
donde mi honor aseguro,
no te espante mi disfraz,
ni con amoroso yugo
enlazar cuellos pretendas
que se aborrecen por uso.
Antiguas enemistades,

desde tus padres augustos,
al marqués de Monferrato
dan tiranos atributos;
que los odios que se heredan,
cual muestran ejemplos muchos,
han menester Alejandros
que desenlacen sus ñudos.
La autoridad sacrosanta
del Papa, que se interpuso
entre el rigor de la guerra,
envainar aceros pudo.
¿Qué no pudiera el valor
de los enemigos tuyos,
pues tantas veces temblaron
sólo de verlos desnudos?
Pero, prudente y piadoso,
armas a libros redujo,
asaltos a tribunales,
guerras a pleitos confusos;
criminales competencias
a civiles estatutos,
y el derecho de la espada
a las leyes de Licurgo.
Salió por ti la sentencia,
y lo que por tantos lustros
la guerra no pudo hacer,
una sentencia lo pudo
que estableciendo amistades
pretendió juntar en uno
nuestros estados y casas.
¡Necio arbitrio, aunque seguro!
Concertadas ya mis bodas
y reducidos al culto
del amoroso Himeneo,
a celebrarlas me trujo
Criselio, a una fortaleza
donde el engaño dispuso
que saliese a recibirme
el conde Enrique, perjuro.
Dejéronme en una cuadra

en que, obediente a tu gusto
y rebelde el mío, que Amor,
en fe que en los ojos puso
la entrada que hace en el alma,
si no ve no da tributo
porque es más sordo que ciego,
estaba haciendo discursos,
ya en pro, ya en contra,
hasta tanto que venció
el cansancio, y pudo
rendirme a pesar del miedo
en brazos del sueño mudo.
Soñando estaba verdades
que agora en mi daño apuro,
y entonces adivinaba
el alma, profeta oculto,
cuando entrando por la puerta
de un jardín, que si da fruto
debe de ser en traiciones,
el Conde, Paris segundo,
y llevándome en los brazos,
con un lienzo dando un ñudo
a la boca que intentaba
obligar al favor justo,
ayudándole traidores,
sobre las ancas me puso
de un caballo que sin alas
voló hasta el bosque confuso.
Púsome, en fin, en el suelo,
y díjome, "Ansi procuro
vengar antiguos agravios
mientras que tu honor injurio.
No letrados con sobornos
piense tu padre caduco
que quieten enemistados
sentenciando en favor suvo.
A la fuerza de tu honor
violentamente reduzgo
el tálamo que esperabas,
vuelto en afrenta su yugo.

Con deshonrarte me vengo
para que publique el mundo
con tu afrenta mi venganza,
que es la que ha tanto que busco."

Di voces, pidiendo al cielo
rayos, que siendo verdugos
contra tiranas ofensas,
mi honor dejasen seguro.

Oyólas un labrador,
en cuerpo y traje robusto,
puesto que noble en los hechos,
a quien mi vida atribuyo,
que con un tosco bastón,
despojo de un roble duro,
contra el bárbaro atrevido
sirvió a mis quejas de escudo,
y sin temer los traidores,
cobardes, puesto que muchos,
testigo de sus hazañas,
hizo los montes incultos.

Huyó el tirano afrentado,
siendo testigo su insulto,
que no hay valiente traidor;
pues tantos temblaron de uno,
y el vencedor cortesano
hasta esta quinta me trujo,
sagrado de mis ofensas,
restauración de mis gustos,
y asegurando recelos
de Grimaldo, padre suyo,
me revistió de labradora,
lenguas enfrenando al vulgo.

De este modo, gran señor,
desde ayer ocasión busco
para darte larga cuenta
de mis agravios y tuyos.

Si el torpe disimulado
negarlos intenta astuto,
su enemistad y mis quejas
serán testigos seguros.

Escarmienta desde hoy más,
y de enemigos perjuros
no te fíes otra vez
cuando aborrecen por uso;
que ni al río has de pedir
que retroceda su curso,
al sol que engendre tinieblas,
ni que discurran los brutos.
La enemistad heredada,
si a mil ejemplos acudo,
es otra naturaleza.
Con el presente te arguyo.
Armas, valor y honra tienes;
vuelva el acero desnudo
a dar filos a tu agravio,
a asaltar traidores muros,
que primero que me obligues
a su aborrecido yugo,
dándome muerte violenta
cubriré a Mántua de luto.

DUQUE: Bárbaro conde, ¿qué disculpa tienes,
que a descargar de este insulto baste?
¿Armado a celebrar tus bodas vienes?
Culpado estás, pues contra mí te armaste;
que pues defensa a tu traición previenes,
la enemistad y bandos que heredaste
intentas proseguir, porque no ignoras
que en fiestas, armas son siempre traidoras.
¿Lo que con tantas guerras no has podido,
intentas con traiciones, y blasonas
de ilustre, de cortés y bien nacido?
A tus armas añade esas coronas.
Con el papa y con Dios tengo cumplido.
Tú mismo, contrario traidor, pregonas
la guerra en que ha de ser mortal retrato
de Roma por Nerón tu Monferrato.
¡Viven los cielos y mi injuria vive,
que no ha de quedar piedra sobre piedra
en ella, si obediente te recibe,

y amparando traidores crece y medra!
 Habitará cuando la derribe,
 en vez de gente, solitaria hiedra,
 que siempre verde en fe de tu castigo,
 de mi justa venganza sea testigo.

Vete a tu padre, como tú, engañoso,
 y podrásle decir cuando le avises
 de tu intento burlado y cauteloso,
 que deje engaños para el griego Ulises,
 y que si sale al campo belicoso,
 las hierbas teñiré que huyendo pises
 con más copia de sangre que dió Italia
 a los trágicos campos de Farsalia.

CONDE: A no saber que con tan vil engano
 de darme a tu Clemencia arrepentido,
 tus embustes reduces en mi daño,
 con aquesa mentira prevenido,
 fácil pudiera darte el desengaño;
 y de mi amor honesto persuadido,
 mostrar quién causa aquesa trato doble,
 quién su sangre envilece y quién es noble.

Mas el amor con que es razón estime
 a madama Clemencia, cuya mano
 pensé gozar, mi cólera reprime,
 que siempre Amor es cuerdo y cortesano.
 Injurie mi valor, quejas intime
 de que inocente estoy, llámeme en vano
 corsario de su honor, que en su decoro
 no podré decir más de que la adoro;
 y que pues niegas, duque, al juramento
 la obligación y paces ya quebradas,
 no descortés, pero injuriado intento
 hacer que a mi valor te persüadas,
 los tafetanes lisonjeando al viento,
 brillando al sol las hojas aceradas,
 dando voces las cajas, mi justicia
 publicarán mi amor y tu malicia.

Vase el CONDE

DUQUE: ¿Adónde está el labrador

de nuestra honra defensa?

CLEMENCIA: Ese nombre le hace ofensa,
que es caballero, señor.

El dueño de aquesta quinta,
noble, aunque pobre, es su padre;
y su generosa madre
Octavia, que en Otón pinta
como en imagen el ser
de su heredada nobleza.

GRIMALDO: Dénos los pies vuestra alteza.

DUQUE: ¡Oh, Grinaldo! el conocer
quien érades me impidió
del conde el villano agravio.
Ya sé que sois noble y sabio;
pero, ¿qué cosa os movió
a vestir en tosco traje
a Otón, si es vuestro heredero?

GRIMALDO: Tiene el ingenio grosero
siendo ilustre su linaje.

Quisiera que se aplicara
a las letras, y valiera
por ellas; mas de manera
la Fortuna le fue avara,
que en un año no ha podido
sus principios alcanzar,
y quísele castigar,
de su ignorancia ofendido,
con tenerle retirado
aquí donde oculto asista
y el traje grosero vista
con su ingenio conformado,
que quien no sabe ser hombre
no es bien que con hombres viva.

DUQUE: No en sola la ciencia estriba,
Grinaldo, el glorioso nombre
que ilustra un hidalgo pecho,
que si todos sabios fueran
poco las armas valieran
que tantos reyes han hecho.
Providencia es celestial

que conserva el universo
 el dar natural diverso
 y distinto a cada cual.

Por eso son las estrellas
 tantas, porque a los mortales
 den distintos naturales,
 naciendo en los climas de ellas.

Y pues no está en la elección
 del hombre la facultad
 que pretende, a Olón dejad
 que siga su inclinación.

¿Dónde está?

GRIMALDO: Téngole preso
 por lo que si yo no fuera
 crüel, premio mereciera.

DUQUE: Imprudente andáis en eso.
 Id por él, que he de premiarle,
 pues en fin le soy deudor
 cuando menos del honor.

Vase GRIMALDO

CÉSARO: Ya yo comienzo a envidiarle.

ROSELA: Y yo, hermano, a arrepentirme
 de haberle menospreciado.

CRISELIO: (Los sucesos que he escuchado Aparte
 han venido a persuadirme
 que el engaño que fingí
 con Clemencia fue verdad.
 ¿Si en fe de la enemistad
 del conde, mientras salí
 por mi gente, al bosque entró
 el conde y robó a madama?
 Pero, pues, ella le infama
 y Otón ayuda le dió,
 ¿qué hay que dudar? Suerte mía,
 mi dicha profetizasteis;
 ayer mintiendo acertasteis.
 Sosegad, sospecha fría,

que, pues ya se desbarata
la amistad y el casamiento
del conde, a mi honesto intento
no será Clemencia ingrata.)

CLEMENCIA: (Lo que Enrique intentó hacer Aparte
dije anticipadamente.

Industria ha sido prudente;
aborrezco, y soy mujer.

Destrúyase Lombardía,
y no destruya mi honor
quien se casa sin amor/)

OCTAVIA: (Será Otón desde este día, Aparte

aunque incapaz de saber,
por modo extraño dichoso;
que para ser venturoso
poca ciencia es menester.)

Salen GRIMALDO y OTÓN, con gabán

GRIMALDO: Éste es, gran señor, mi hijo.

DUQUE: Otón, mucho os soy a cargo,
De vuestro aumento me encargo.

Por capitán os elijo
de esta guerra, que mi honor
por vos tan bien defendido
contra el conde fementido
espera en vuestro valor;
pues si solo y desarmado
le hacéis huír y temer,
mejor le sabréis vencer
de mi gente acompañado.

OTÓN: Aunque no tengo experiencia

en el marcial ejercicio,
el ser en vuestro servicio
y de madama Clemencia
suplirá cualquier defeto
que haya, gran señor, en mí.
Pero ¿yo cuándo vencí
al Conde?

DUQUE: Querréis, discreto,
 disimular el afrenta
 de quien vencido se ve
 por vos. Todo el caso sé,
 y el prenio queda a mi cuenta.

CLEMENCIA: Lo que en mi ayuda habéis hecho
 no es encubrirlo razón.

Aparte a OTÓN

El disimularlo, Otón,
 os ha de ser de provecho.
 Yo vuestra dicha procuro;
 daos por entendido ya.

DUQUE: La guerra otra vez está
 declarada, y yo seguro,
 pues vais de mi parte vos,
 y el conde es vuestro vencido.

OTÓN: ¿Qué es esto, cielo?

DUQUE: Cumplido
 tengo con el papa y Dios.
 Pues Enrique desbarata
 las paces que romper quiero
 y haciéndole mi heredero
 afrentar mi sangre trata,
 nadie culpe mi venganza
 si castigo a un desleal.
 Otra vez sois general,
 Criselio.

CRISELIO: La confianza,
 gran señor, que de mí hacéis
 castigará al conde ingrato
 destruyendo a Monferrato.

DUQUE: Con vos quiero que llevéis,
 primo, por acompañado
 a César, que es espejo
 de Italia, y con el consejo
 de tan famoso letrado,
 vuestro esfuerzo y su prudencia

juntas harán extremada,
 en vos, primo, con la espada,
 y en César con la ciencia.

CÉSARO: Yo procuraré, señor,
 sacándote verdadero
 trocar libros por acero,
 reconociendo el favor
 de que la lealtad escojas
 que en mi amor tus ojos ven.

DUQUE: Libro es la guerra también;
 las espadas son sus hojas.
 Pues sois en las unas sabio,
 sed en las otras valiente.
 Tinta es la sangre caliente,
 con ella escribid mi agravio,
 y pues por mí sentenciasteis
 y mi justicia entendéis,
 id y mostrad que sabéis
 defender lo que estudiasteis;
 que si volvéis con victoria,
 por letrado y capitán
 Marte y Minerva os darán
 laurel de eterna memoria.

CÉSARO: Beso tus pies.

DUQUE: Vuestra hermana
 queda a cargo de Clemencia.
 Si del conde de Placencia
 la soberbia humilláis vana,
 un título la dará
 mano de esposo.

ROSELA: En la vuestra,
 gran señor, mi dicha muestra
 que toda mi dicha está.

DUQUE: A Otón, Criselio, os encargo;
 ya sabéis lo que le debo.

CRISELIO: Seguro voy, pues le llevo
 en mi ayuda y con tal cargo.

DUQUE: Grimaldo, el término es mío
 de toda aquesta comarca.
 Cuanto en dos leguas abarca

esta sierra, valle y río,
 os doy, para que juntéis
 a vuestra quinta esta hacienda.

GRIMALDO: Jamás tus canas ofenda
 el tiempo.

DUQUE: Esto le debéis
 a Otón, y más lo que intento
 hacer por su intercesión
 con vosotros.

CÉSARO: (A este Otón Aparte
 temo ya.)

ROSELA: (Que madre siento.) Aparte

DUQUE: Vamos a Mántua, de donde
 salgáis armados los tres
 para postrar a mis pies
 la ingrata cerviz del conde.

CLEMENCIA: Yo quedo alegre y vengada.

CLAVELA: Yo celosa y no segura.

OCTAVIA: Hijo, sigue la ventura
 que Dios te tiene guardada.

Vanse; quédase OTÓN y sale GILOTE

GILOTE: Diz que vais por capitán
 del duco, Otón.

OTÓN: ¡Oh, Gilote!
 es verdad.

GILOTE: Si mi capote,
 el que os di cuando en gañán,
 de escolar os hizo ser
 vueso padre, no hace al caso,
 pues que vistiéndoos de raso
 ya no le habréis menester,
 volvédmele, que no me hallo,
 si he de hablar verdad, sin él.
 Tres varas tién de buriel;
 abrígame, y he de honrallo
 con mi buena compañía,
 o si no pagadmelé.

OTÓN: Vente conmigo y te haré
 hombre.

GILOTE: ¡Bueno! ¿Eso sería
 hombre? ¿Pues soy yo mujer?

OTÓN: No es hombre quien de su tierra
 no sale. Prueba en la guerra
 tu esfuerzo.

GILOTE: ¿Y qué me heis de her?

OTÓN: Irás conmigo y si fueres
 valiente, cabo serás
 de escuadra.

GILOTE: ¿Cabo y no más?

OTÓN: Conforme lo que valieres.
 Hasta alcanzar la jineta
 te ayudaré.

GILOTE: El cargo alabo.
 Llebadme por vuesto cabo,
 seré cabo de agujeta.
 ¿Y qué hemos de her allá?

OTÓN: Matar á los enemigos.

GILOTE: Y si hay proceso y testigos
 el alcalde me ahorcará.

OTÓN: Anda, necio.

GILOTE: Vo a mudar
 el traje. Pardiós, que es vicio
 ser médico en el oficio,
 Otón. Vamos a matar.

Vase GILOTE. Sale GRIMALDO

GRIMALDO: Agora tengo de ver
 para lo que eres, Otón.
 Las armas ventura son,
 si méritos el saber;
 pues para aquestas no has sido,
 en las otras te aventaja.
 Gente humilde, pobre y baja
 por las armas ha subido
 hasta la suprema altura

que en el imperio se encierra.
Verás siguiendo la guerra
que todo en ella es ventura.

La ventura de una escala
cuelga sin riesgo la vida.
Tal vez viniendo perdida
pasará por ti una bala
matándote el compañero
y, dejándote seguro,
caerá al foso desde el muro
todo un escuadrón entero,
y la ventura podrá,
a pesar del enemigo,
conservarte por testigo
de la ayuda que te da.

¿Quién a una posta perdida,
blanco de tanto cañón,
sino la ventura, Otón,
hace que vuelva con vida?

Sale OCTAVIA

El que sin dicha se emplea,
ni el coselete grabado,
ni el puesto más retirado,
ni la militar trinchea
darán defensa segura,
si una bala se abalanza
que a todas partes alcanza.

[Todo te da la ventura.]

Pues ésta te favorece,
usa de ella con valor.
El duque te hace favor;
en palacio sólo crece,
del modo que en la milicia,
la ventura. En él verás
quedarse el mérito atrás
y arrinconar la justicia.
Sólo medra el venturoso.

No por esto te aconsejo
 que del valor, que es espejo
 para el noble y valeroso,
 apartes tu juventud;
 que si en él la dicha manda,
 mucho más puede cuando anda
 al lado de la virtud.

Dios una y otra te dé
 para que no degeneres
 en la ocasión de quien eres.

OCTAVIA: Hijo, llega y te daré
 los brazos.

OTÓN: Adiós, señora;
 padre, adiós. Vuestros consejos
 serán desde hoy mis espejos
 en que me mire cada hora.

GILOTE sale de soldado gracioso

GILOTE: ¿Vengo bueno?

GRIMALDO: ¿Va Gilote
 contigo?

OTÓN: Quiérole bien.

GILOTE: Vo con Otón, que no tién
 con que pagarme el capote.
 Soldado soy ya de casta;
 encomiéndaos mi cortijo.

OCTAVIA: Ventura te dé Dios, hijo,
 que el saber poco te basta.

Vanse todos. Salen marchando CRISELIO y CÉSARO

CRISELIO: Decidme otra vez la traza
 de ese stratagema nuevo;
 que aunque mi elección la abraza,
 es extraño y no me atrevo
 a ejecutarle.

CÉSARO: Esta plaza,

con las paces descuidada,
mientras que la guerra ignora,
segunda vez publicada,
no se ha de guardar agora
con la prevención pasada.

Lo más de la guerra estriba
en ardides e invenciones,
que aunque el esfuerzo derriba
murallas y torreones,
la industria el valor aviva.

Por eso es tan estimada
la soldadesca de Flandes;
porque en su región helada
consigue victorias grandes
el ingenio, y no la espada.

Allí sus gentes inquietas
con ardides cada vez
ganan victorias discretas,
y como en el ajedrez,
se suelen vencer a tretas.

Como vuestra valentía
a mi ingenio se sujete,
fácil, Criselio, sería
la victoria que os promete
la traza y industria mía.

CRISELIO: Guiarme el duque ha mandado
por vos en esta ocasión,
y yo estoy determinado
de ver si las letras son
hazañas en el soldado.

Decid lo que hemos de hacer.

CÉSARO: Que se embosque nuestra gente,
Criselio, al anochecer
en ese pinar, que enfrente
de Monferrato ha de ser
su perdición. Cortarán
de leña seis u ocho carros,
que a la ciudad llevarán
cuatro soldados bizarros
a sombra de un capitán,

y en villanos transformados,
 dándoles franca la puerta
 de este engaño descuidados,
 pondrán en viéndola abierta
 dos de ellos atravesados,
 y harán luego una señal
 a la cual acudiremos
 con dicha y esfuerzo igual,
 y sin sangre ganaremos
 la fuerza más principal;
 con que en llevando en prisión
 al marqués y al conde, puede
 mostrar, ganando opinión,
 que a las fuerzas siempre excede
 el ingenio y la ocasión.

CRISELIO: Alto, yo os he de seguir
 como el duque me ha ordenado.
 Si no hay más que prevenir,
 ya el sol su curso ha acabado;
 al bosque podemos ir.
 Veamos si vuestra ciencia
 tiene en las armas valor.

CÉSARO: Mostrarálo la experiencia.

CRISELIO: (Dadme preso al conde, Amor, Aparte
 y gozaréis a Clemencia.)

Vanse todos. Salen el CONDE Enrique y soldados

CONDE: Llegar Tántalo al árbol avariento
 y huír la fruta cuando el labio toca;
 el líquido cristal besar la boca,
 y burlarle dejándole sediento;
 a la mesa asentarse el rey hambriento,
 y cuando apenas el manjar provoca
 al apetito, ver que el Arpía loca
 alza los platos y convida al viento.
 Lo mismo por mí pasa. No sintiera
 Tántalo el hambre tanto, a no incitarle
 del árbol la presencia apetecible.

Vi a Clemencia y perdíla. ¡Ay,
suerte fiera! Que ver tan cerca el bien, y no gozarle
es hacer el tormento más terrible.

Sale ALBERTO, soldado

ALBERTO: Buena ocasión en las manos

te ha ofrecido la ventura;
hoy te da la noche oscura
a tus contrarios tiranos.

En ese pinar están
emboscados y seguros,
que de tu ciudad los muros
esta noche asaltarán.

Con ellos fui por espía;
una salida no más
tienen; vencerlos podrás
antes que al sol mire el día.

Pega fuego al monte espeso,
y entretanto que le abraso
tus soldados pon al paso
que aseguren el suceso.

Saldrán sus ardides vanos,
y del fuego vengador
huyendo, el mismo temor
hoy te los pondrá en las manos.

CONDE: ¡Válgame el cielo! ¿Eso es cierto?

ALBERTO: Tu victoria sea testigo
de que la verdad te digo.

CONDE: Si salgo con ella, Alberto,
una jineta te aguarda.
Abrásese el monte luego.
Un amante todo es fuego;
no es mucho que el monte se arda
a imitación de mi pecho.
¡Oh, quién pudiera abrasar
tu ciudad, duque, y vengar
los agravios que me has hecho!

Vanse todos. Salen OTÓN, bizarro, y GILOTE

OTÓN: Pesárame haber llegado
tarde.

GILOTE: ¡Buena flema tienes!
¿A qué fiesta o boda vienes?
¿Qué mesa te ha convidado?

OTÓN: ¿Hay mesa de más valor
que la que la fama envía?

GILOTE: La mesa de una hostería
es más barata y mejor.

 Allí a pasto bebo y como;
que aquí en esta mortal venta
dan pólvora por pimienta
y albondigillas de plomo.

 ¡Miren qué conejo o polla!
¡Fuego de Dios en cocina
donde es una culebrina
la más sazonada olla;

 alemaniscos manteles
los lienzos de una muralla,
que intentan desmantelalla
pajes de tiros crüeles;
 sangre el vino que promete
a quien su brindis admite,
y el postre de su convite
confitura de un mosquito!

 ¿Qué pecados te han traído
a la muerte convidado?
De tu madre regalado,
en tu quinta entretenido,
 levantándote a las once,
y aguardándote al hogar
el lomo para almorzar,
no en asadores de bronce,
 como los que usa la guerra;
la torreznada con huevos
o los pichones, que nuevos
apenas pisan la tierra.

 Criado entre miel y natas
sin haber visto desnuda

una espada, ¿quién te muda
que así malograrte tratas?

OTÓN: El esfuerzo suplirá
lo que falta a la experiencia;
pues no soy para la ciencia,
la guerra me ensalzaré.

GILOTE: ¿Qué guerra--¡pese a mi suegra!--
si en la aldea los disantos
nunca esgrimiste entre tantos,
una vez la espada negra?
No lo echemos a perder;
demos vuelta a casa, Otón.

OTÓN: Calla, necio.

Salen el CONDE y ALBERTO, desnudas las espadas

CONDE: La razón
de mi amor vino a vencer.
Lo que el fuego perdonó
ha consumido la espada.

ALBERTO: Victoria ha sido extremada.

CONDE: ¿Criselio está preso?

ALBERTO: No.

CONDE: Dejaríase abrasar.
por no verse en mi poder.

OTÓN y GILOTE hablan aparte

OTÓN: ¿Cómo es esto?

GILOTE: Esto es temer,
y eso debe ser temblar.

OTÓN: Retírate aquí, sabremos
quién son éstos y qué ha sido
de Criselio.

ALBERTO: Yo he venido
a darte cuenta.

OTÓN: Escuchemos.

CONDE: Deja que el campo despoje

lo que el fuego no ha desecho,
 pues es debido derecho
 de la guerra; y mientras coge
 el premio de su victoria
 mi gente, repara, Alberto,
 en que Clemencia me ha muerto
 porque viva su memoria.

Con esta postrera injuria
 cerrado habrá la venganza
 las puertas a la esperanza.
 Ya no habrá aplacar la furia
 del duque, que por no darme
 el galardón prometido,
 si en las paces fementido,
 traiciones vino a imputarme;
 ¿con agravios verdaderos,
 quién vencerá su rigor?
 ¡Ay, desatinado Amor,
 imposible es socorreros!

OTÓN: Oye. El conde de Placencia
 es éste, y he colegido
 que Criselio está vencido
 y él adorando a Clemencia.
 ¡Vive Dios, que he de probar
 dónde llega mi ventura!

GILOTE: ¿Qué intentas?

OTÓN: La noche oscura
 preso al conde me ha de dar.

GILOTE: ¿Estás loco?

OTÓN: Solos dos
 son cual nosotros. ¿Qué espero?

GILOTE: Yo, Otón, no soy más que cero
 que nada valgo. Por Dios,
 que no des triste viudez
 a mi Torilda.

OTÓN: Importuno,
 si eres cero y yo soy uno,
 contigo valgo por diez.

Enrique, daos á prisión.

CONDE: ¿Qué es esto?

GILOTE: (¡Ay, Torilda mía! Aparte

No hay Gil desde aqueste día;
tocas de viuda te pon.)

CONDE: ¿Quién eres tú que arrogante
a tal locura te atreves?

OTÓN: Después que mi esfuerzo pruebes
sabrás quién tienes delante.

CONDE: Eres Criselio?

OTÓN: No tengo

la experiencia militar
que le ha venido a ilustrar;
pero con más dicha vengo.

 Date a prisión, o prevente
si no temes mi valor.

ALBERTO: Dale la muerte, señor,
mientras que llamo tu gente;
 que pues habla confiado,
no viene solo.

Vase ALBERTO

GILOTE: ¡Buen modo
de huír! Tras él me acomodo.

CONDE: Si del duque eres soldado,
 déljale y mi campo sigue,
que yo capitán te haré.

OTÓN: A la lealtad que heredé
no hay interés que la obligue,
 que en mi vida fui traidor.
Date.

(Pelean, y pierde el CONDE la espada

CONDE: La espada he perdido

y en un brazo me has herido;
mostrado has bien tu valor.

Esto basta; no me lleves
al duque, y pide el rescate
que gustares.

OTÓN: Disparate
es que con el oro pruebes
mi lealtad. Allá has de ir preso,
o quedar sin vida aquí.

GILOTE: Valiente revés le di;
cortéle el brazo hasta el húmero.

CONDE: ¿Eres noble?

OTÓN: Y caballero.

CONDE: ¡Cielos! ¡Después de la gloria
de tan felice victoria,
tal azar! Tu prisionero
soy; haz, soldado famoso,
de mí lo que más gustares.

OTÓN: Todo es encuentros y azares
la guerra. Sufre, animoso.
Ata a la herida este lienzo
y esta banda aplica al brazo;
que cortés rendirte trazo,
ya que en las armas te venzo.
Y en ese caballo mío
sube; que en él de éste iré.

GILOTE: Heme aquí ginete a pie.
Lleve el diablo el desafío.

CONDE: Tu noble y hidalgo trato,
aunque enemigo, me obliga
a que envidioso te siga.
¡Que a vista de Monferrato
me haya preso un hombre solo!

OTÓN: Tu gente temo que venga
y corro en que me detenga
peligro si sale Apolo.
Vamos.

CONDE: ¡Ingrata Clemencia!
Cuando me quite la vida
tu padre, por bien perdida

la juzgaré en tu presencia.

OTÓN: Si con él soy de provecho,
no tengas de eso temor.

GILOTE: ¿Qué dices de mi valor?
¡Bravamente lo hemos hecho!

OTÓN: ¿Tú?

GILOTE: Yo, pues.

OTÓN: ¿Detrás de mí,
cobarde, no te ponías?

GILOTE: Siendo cero así tenías
todo el valor que te di;
si no, júzgalo tú mismo.
¿Cuando el cero va detrás
no vale el número más?

OTÓN: Valiente eres.

GILOTE: En guarismo.

OTÓN: Gran lebrón eres, Gilote.

CONDE: ¿Victorioso y prisionero,
cielos?

GILOTE: Llámame tu cero
que a fe que ha habido cerote.

Vanse todos. Salen el DUQUE, CLEMENCIA, ROSELA y CLAVELA

DUQUE: No temo infeliz suceso
de esta guerra, pues me ampara
la justicia cierta y clara
del agravio que confieso.

Buen general señalé;
vencedor Criselio ha sido
mil veces del fementido
marqués, y si aseguré
su valor con la prudencia
de César, cuerdo y sabio,
¿quién duda que de mi agravio,
juntando al valor su ciencia,
he de quedar satisfecho?

GLEMENCIA: Y más cuando te asegura,
señor, de Otón la ventura.

CLAVELA: Ya el conde estará deshecho.

DUQUE: Ésta es la hora que vienen
triunfando a Mántua los tres,
y, presos conde y marqués,
por mí a Monferrato tienen.

ROSELA: De mi hermano no hay dudar
siendo César, que presume
juntar la lanza a la pluma
y vencer como estudiar.

DUQUE: Si él con la victoria sale
con Criselio os casaré.

CLAVELA: (¡Ay, cielo!) Aparte

DUQUE: Y conde le haré
de Regio, para que iguale
el estado a su valor.

ROSELA: Eres Gonzaga; no puedes
hacer menores mercedes.

CLAVELA: (Si le pierdo vencedor, Aparte
haced que vuelva vencido;
no le deis ayuda, cielos.
Salidle al encuentro, celos,
pues yo de seso he salido.)

*Salen marchando destempladas las cajas,
CÉSARO y CRISELIO, de luto. CRISELIO se pone de rodillas*

CRISELIO: Ésta es, la primera vez,
invicto duque de Mántua,
que, vencido, tus pies beso,
que Enrique pisa tus armas.
No atribuyan a descuidos,
desorden, culpables faltas
o impericia militar
tu daño y nuestras desgracias,
sino a la ciega Fortuna,
que en las guerras y privanzas
por parecer más hermosa
quiere mostrarse más varia.
Dísteme por companero

a César, con quien mandas
 que estratagemas consulte,
 pida ardid, siga trazas.
 No digo yo, aunque pudiera,
 la diferencia y distancia
 que hay del arnés a la joya,
 de la borla a la celada,
 cuán mal que se compadecen
 hojas de libros y espadas,
 ejércitos con esquelas
 y cátedras con murallas;
 pero diga la experiencia
 lo que hay de obras a palabras,
 de las plumas a la pluma,
 de argumentos a batallas,
 que si ejemplos testifican,
 el presente, duque, basta,
 pues por seguir a las letras
 vuelven vencidas las armas.

CÉSARO: No eches la culpa al ingenio,
 Criselio, cuyas ventajas
 a tu pesar reconocen
 las fuerzas más celebradas.
 Cátedras lee la milicia
 que universidades pagan,
 y s especulación reducen
 experiencias practicadas.
 Mi parecer fue ingenioso,
 y si a ejecución llegara,
 Monferrato y su marqués
 fueran proverbio en Italia.
 Di tú que no bastan ciencias,
 que peine el consejo canas,
 que asalte el esfuerzo muros,
 que arroje el enojo balas
 si no asiste la ventura;
 porque la vez que esta falta,
 ni Pompeyo entre legiones,
 ni Marco Antonio entre armadas
 a la fortima de César

se opondrán, que en una barca
 del miedo, asegura a Amiclas
 y atrevido el mar contrasta.
 Mandéte emboscar la gente
 para que al cuarto del alba,
 ganando al marqués las puertas
 diesen al valor entrada.
 Dio la Fortuna envidiosa
 de este ardid cuenta a la fama;
 contóselo al enemigo,
 que el monte y la genta abrasa,
 y por él peleando el fuego
 la victoria a voces canta,
 no el esfuerzo, la ventura;
 no el valor, sino las llamas.
 Si no fuimos venturosos,
 no culpes las letras sabias
 que ponen Marte y Minerva
 sobre sus cabezas.

DUQUE: Basta.
 Vencidos venís los dos;
 las letras sin manos hablan,
 el valor obra sin lengua,
 uno Ulises y otro Ajax;
 pero los dos sin ventura.
 La elocuencia y la arrogancia,
 las armas junto a las letras,
 decís bien, no valen nada.
 Volvéos, César, a los libros;
 abogad, sentenciad causas,
 que no es bien paséis la pluma
 de la mano a la celada.
 De vuestro centro os saqué,
 y fuera de él pesa el agua,
 no traen armas los juristas.
 Con, sólo un "fallamos" matan.
 ¿Qué es de Otón?

CRISELIO: No sé si afirme
 en su afrenta o alabanza
 que el temor y la ventura

previnieron su tardanza.

DUQUE: No fue al campo. Yo lo creo,
que si en él Otón se hallara
salieran con la victoria
su valor y mi venganza.

CÉSARO: ¿La victoria un ignorante
que en su vida ciñó espada?

DUQUE: Mejor sois para fiscal
que para soldado. Basta.

*Tocan cajas, y sale OTÓN, bizarro, y el
CONDE Enrique, sin armas y con banda*

OTÓN: Atribuye a mi ventura
y no al valor que me falta
el ofrecerte, señor,
a Enrique preso a tus plantas.
Vencedor, viene vencido.
Yo tengo pocas palabras.
Tarde al campo me enviaron
cumplimientos de mi casa;
hallé al conde que con otros
su victoria celebraba;
pedí ayuda a mi fortuna,
y de suerte me acompaña,
que en fin, vine, vi y vencí.
Por relación esto basta,
y por premio de mis dichas
que de ellas te satisfagas.
Solamente te suplico
que mires que eres Gonzaga,
y que el valor resplandezca
en ti más que la venganza.
En tu poder está el conde.
El que es generoso paga
agravios con beneficios;
perdónale si te agravia.

DUQUE: A vuestras cortas razones
y a vuestras hazañas largas,

con largos premios prometo
 juntar cortas alabanzas.
 Mi honor os debo dos veces.
 Vencido habéis otras tantas
 a Enrique y restituído
 a su ser mi antigua fama.
 Pues me dais un conde preso,
 bien será que conde os haga.
 Conde sois de Val Hermoso.

OTÓN: Esclavo tuyo me llama.

DUQUE: Criselio, el bastón os vuelvo,
 y pues la dicha acompaña
 a Otón, seguid su ventura,
 que mientras César trata
 en mi tribunal de pleitos,
 si al valor la dicha ensalza
 valor tenéis y Otón dicha.
 Restaurad vuestras desgracias.

CRISELIO: Castigando, señor, premias.
 Si avergüenzan tus palabras,
 tus mercedes dan valor;
 justamente a Otón levantas.
 Con su feliz compañía,
 ni temo suerte contraria,
 ni enemigo poderoso,
 ni empresa con que no salga.

DUQUE: Conde, a intercesión de Otón,
 debajo vuestra palabra,
 la ciudad tened por cárcel
 sin prisiones y sin guardas.

CONDE: Yo la doy, y a tu grandeza
 rindo las debidas gracias,
 deseoso que sin ira
 de mi amor te satisfagas.
 (¡Dichosa prisión, si estoy Aparte
 en presencia de mi dama.
 Amor, más cierto anduvieras
 si libertad la llamaras.)

CLEMENCIA: ¿No me habláis, Otón?

OTÓN: Señora,

poco agradece quien habla.
 La suspensión siempre mira,
 la obligación siempre calla;
 por vos tengo el bien que tengo.

CLEMENCIA: Ya sois conde.

OTÓN: Serme basta
 esclavo vuestro.

CLEMENCIA: Yo haré
 que envidien vuestra privanza.

CLAVELA: (Pues no se casa Rosela Aparte
 con mi Criselio, esperanzas
 dadle, pues vuelve vencido,
 pésame no, alegres gracias.)

A OTÓN

CÉSARO: El nuevo título goce
 vueseñoría, edad larga.

OTÓN: ¡Oh, señor gobernador!
 pésame de sus desgracias.
 Si hay en que pueda servirle,
 no hacer placer, que es hidalga
 siempre en mí la cortesía,
 acudiré con el alma.

ROSELA: No doy a vuestra excelencia
 el parabién de turbada
 con el encarecimiento
 que debe quien tanto te ama.

OTÓN: ¡Oh, hermosa Rosela! Ya
 llegó la hora deseada
 en que esté en vuestro servicio;
 y a Otón honre vuestra casa;
 pues sirviéndoos de la mía,
 mientras que condesa os llama
 un título, vuestro esposo,
 y el duque, con él os casa,
 por dichoso me tendré,
 no en que si se ofrece, os haga
 cualquiera comodidad,

que fuera poca crianza,
sino que como señora,
me mandéis.

ROSELA: (Dióme en el alma.) Aparte

CÉSARO: (¡Que se anteponga a mis letras Aparte
de este modo la ignorancia
de hombre que sabe tan poco!)

ROSELA: (La envidia el pecho me abrasa.) Aparte

CÉSARO: (A quien le sobra ventura, Aparte
el saber poco le basta.)

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Salen CLEMENCIA y CLAVELA

CLEMENCIA: ¿De mí, en fin, estás, quejosa?

CLAVELA: Mi amor te lo certifica.

La voluntad te halla hermosa,
el interés te ve rica,
el parentesco amorosa,
discreta el entendimiento,
tierna la conversación;
y ansí de Criselio siento,
si tantos tus dotes son,
que intenta tu casamiento.

En la guerra te ha obligado,
en la paz te ha pretendido,
victorioso, si soldado,
y si galán, preferido;
luego es cierto mi cuidado.

CLEMENCIA: Otro, Clavela, es el mío,
del tuyo tan diferente
que le juzgo a desvarío.
Nunca de amor que es pariente
lograr esperanzas fío.

¡Ay, prima mía! ¡Qué extrañas
somos las mujeres!

CLAVELA: ¿Pues?

CLEMENCIA: Porque sepas si te engañas...

¿Ves mi libre desdén? ¿Ves,
mis rigurosas entrañas?

¿Lo que al conde de Placencia
aborrecí poderoso?

¿Lo que temí su presencia,
pues por no verle mi esposo

ni mi gusto en contingencia,
 el robo y fuerza fingí;
 que no llegó a ejecución,
 y con mi padre mentí
 vanas hazañas de Otón?

CLAVELA: Yo, prima, supe de ti
 el aviso que tuviste
 del conde, tu amor ingrato;
 que su venida supiste,
 y que de su torpe trato,
 al bosque turbada huíste;
 el buen proceder de Otón;
 el por qué te disfrazaste,
 y por anticipación
 que al conde Enrique imputaste
 la no gozada traición.

¿Hay más que añadir a eso?

CLEMENCIA: A Enrique desheredado;
 a Enrique sin padre y preso,
 sin amigos, sin estado,
 y estoy por decir sin seso;
 a Enrique que aborrecí,
 porque lo que soy publiques,
 a Enrique ya pobre...

CLAVELA: Sí.

CLEMENCIA: Pues a Enrique...

CLAVELA: ¿Hay más Enriques?

CLEMENCIA: Prima, quiero más que a mí.

CLAVELA: ¿A quién tu afrenta intentó?

CLEMENCIA: No sé que eso verdad sea.

Sé que quien me lo contó
 me amaba, y que amor se emplea
 en engaños.

CLAVELA: Bien sé yo
 de las muestras de afición,
 con que más Enrique siente
 tu desdén por su prisión,
 que cualquier fama desmiente
 que desdore su opinión.
 Pero hale el duque quitado

el estado que tenía;
murió su padre cercado,
sin que un pueblo en Lombardía
de tantos le haya quedado.

Si rico fué aborrecido,
no sé como pueda ser
cuando tan pobre, querido.

CLEMENCIA: Hazañas son del poder,
a Dios siempre parecido.

Añadir al oro, prima,
esmaltes, cuando por sí
el mundo tanto le estima,
no es mucho; ni que a un rubí
o un diamante que sublima
hasta el sol su resplandor,
guarnezca el oro opulento,
y realce su labor;
pues halla, en fin, fundamento
el trabajo en su valor.

Mas de una materia baja
hacer una pieza noble,
un escritorio, una caja,
una imagen, que de un roble,
al oro puro aventaja,
ésa es majestad guardada
a Dios sólo y al poder,
que con grandeza elevada
se autorizan con dar ser
y valor a lo que es nada.

Esto mismo hacer procura
mi amor, pues porque a luz salga
su poder y mi hermosura,
busca un marido que valga,
prima, no más que la hechura.

CLAVELA: Mis celos has satisfecho,
pues esa hechura saldrá
a tu gusto y mi provecho.

CLEMENCIA: Mi hechura sólo valdrá
si hago al conde ya desecho.

CLAVELA: Rosela sale.

CLEMENCIA: Pues anda,
 y no temas que por mí
 pierda tu amor su demanda;
 que a mi Enrique el alma di,
 si bronce, ya cera blanda.

Vase CLAVELA. Sale ROSELA

ROSELA: En busca de vuestra alteza
 me trae, señora, un cuidado
 que ocasiona mi tristeza.

CLEMENCIA: Como sea enamorado,
 a comunicarle empieza;
 que los de una facultad
 alivian su mal mejor.

ROSELA: Es, gran señora, verdad.
 Mas, ¿paga tributo a Amor
 vuestra alteza?

CLEMENCIA: Voluntad
 tengo a quien aborrecía.
 Decirme la tuya puedes
 mientras yo callo la mía.

ROSELA: Segura con las mercedes
 que me has hecho desde el día
 que entré en palacio, quisiera,
 si de mí te satisfaces...

CLEMENCIA: ¿Querrásme hacer tu tercera?

ROSELA: Que fueses en unas paces,
 gran señora, medianera.

CLEMENCIA: ¿Con quién los enojos son?

ROSELA: Días ha que he sido amada
 con recíproca afición,
 aunque agora mal pagada
 de Otón.

CLEMENCIA: Luego ¿sabe Otón
 querer?

ROSELA: Ninguno lo ignora;
 ni él tan venturoso fuera
 si no amara, gran señora.

CLEMENCIA: Bien dices. La planta y fiera,
por dar fruto se enarnora.

ROSELA: Cuando alcancé tu privanza,
le traté con menosprecio,
y con inorada mudanza
le llamé ignorante y necio;
porque llegó mi esperanza
a prometerse por sí
dar la mano a un potentado;
que aunque plebeya nací,
como mi hermano ha llegado
a tanta dicha, creí
subir donde mi ambición
pretendió desvanecida.
Sintió mi desdén Otón,
y despreciado, me olvida.

CLEMENCIA: Agravios y celos son
espuelas con que Amor vuela,
aunque un desprecio es bastante
a apagar llamas, Rosela.

ROSELA: De un hombre tan ignorante,
que aun no le admite la escuela,
¿quién pensara tal ventura?

CLEMENCIA: ¿Mujer eres de pensé-que?
Desdicho has de tu cordura.
Ahora yo haré que se trueque
el aspereza en blandura
de Otón; que si te ha querido
y otra vez el fuego atizas,
que amortiguaste ofendido,
mientras duran las cenizas,
no ha muerto al fuego el olvido.
Yo despertaré sus llamas.

ROSELA: Él viene, porque procures
mi paz.

CLEMENCIA: Si cuerda te llamas,
ni en pensé-ques te asegures,
ni desprecies a quien amas.

Vase ROSELA y sale OTÓN

OTÓN: Aguardando el Duque queda
a vuestra alteza.

CLEMENCIA: Y yo a vos.

OTÓN: ¿Qué hay en que serviros pueda?

CLEMENCIA: Conde, ¿no muestra ser Dios
Amor con vos, que se hospeda
en el más rústico pecho
como en el alma más rica?

OTÓN: No soy para él de provecho;
mas a la guerra se aplica
mi inclinación.

CLEMENCIA: Ya habéis hecho
en ella alarde capaz
del valor que en vos se encierra,
pero ya que es todo paz
y se ha acabado la guerra,
cuando reina Amor, rapaz,
¿en qué soléis ocupar
el tiempo?

OTÓN: Pues el más largo,
¿no es corto para pensar
lo mucho que os soy a cargo
y no he de poder pagar?

CLEMENCIA: Vos, ¿qué me debéis á mi?

OTÓN: Todo el ser que me ha ilustrado:
la privanza a que subí;
el haberme acreditado,
fingiendo que yo vencí
al conde Enrique; el sacarme
de una granja al cargo honroso
con que he venido a ilustrarme,
y el haberme hecho dichoso.
¿Qué es lo más que podéis darme?

CLEMENCIA: La dicha que es con exceso,
es deuda al cielo debida.
Yo no tengo parte en eso.
Fingí de Enrique la huída;
mas trayéndole vos preso,

bien habéis beneficiado
lo que dije en profecía;
el título que os ha dado
mi padre a intercesión mía,
vuestro esfuerzo le ha ganado.

Antes os soy tan deudora,
que si es la paga mejor
la que el Amor atesora,
os he de hacer acreedor
de un alma, Otón, que os adora.

OTÓN: ¿A mí, señora?

CLEMENCIA: Y tan bella,
como la imaginación,
transformada, Otón, en ella
os dió en alguna ocasión
ánimo para querella.

OTÓN: Si no es que de mí os burláis,
no sé, señora, a qué fin
mi libertad inquietáis.
No os entiendo.

CLEMENCIA: A hablar latín
no es mucho no me entendáis.

OTÓN: Yo en mi vida tuve dama.

CLEMENCIA: Pues hartas obligaciones
a la que su dueño os llama
tenéis. De aquestas razones
sacad quién es la que os ama.

OTÓN: ¿Yo obligaciones de amor?

Sale un PAJE

PAJE: El Duque a llamar envía
a vuestra alteza.

OTÓN: (Temor, Aparte
refrenad a la osadía.)

CLEMENCIA: Para saberlo mejor
id esta noche al terrero,
que hablando, conde, conmigo,
con ella hablaréis.

y con ella no fue casta

Penélope ni Lucrecia.

Mas si me dijo madama,
"pues hartas obligaciones
a la que su dueño os llama
tenéis, de aquestas razones
sacad quién es la que os ama."

¿Yo a quién tengo obligación
sino es sólo a su hermosura?

¿Quién ha sido la ocasión
de mi invidiada ventura
sino sola su afición?

Pues si de aquí sacar quiero
mi dama, que es ella digo.
"Id esta noche al terrero,
que hablando, conde, conmigo,
con ella hablaréis." Grosero

soy, pues en esto reparo.
Si ha de hablar mi dama en ella,
¿qué dudáis, ingenio avaro?
"Conmigo, hablaréis con ella."
¿Pudo decirlo más claro?

Ea, confusión oscura,
pues ánimo es menester,
el ánimo me asegura
el ser Clemencia mujer
y lo que es más, mi ventura.

Vase OTÓN. Salen CLEMENCIA y el DUQUE, su padre

DUQUE: Yo, Clemencia, haré por ti
lo que me pides.

CLEMENCIA: A Otón
casarle será razón;
palabra a Rosela di
de suplicarte por ella.

DUQUE: Bien; con Otón casará,
y él en Rosela tendrá
esposa discreta y bella.

Dotaréla de mi mano,
 porque tú la quieres bien,
 y porque debo también
 mucho a César, su hermano.

Mas tú, que por todos ruegas,
 y casar quieres a Otón,
 ¿por qué a tu edad en sazón
 tan bonestos lazos niegas?

Ya es bien que de este cuidado
 me libres, y pues soy viejo,
 obediente a mi consejo
 des sucesión a mi estado.

Monferrato es tuyo ya;
 a Mántua, Clemencia, heredas,
 la más poderosa quedas
 de Lombardía, y podrá
 cualquier rey, si el interés
 ve de tu dote y belleza,
 dar corona a tu cabeza
 porque la mano le des.

CLEMENCIA: Eso queda a cargo tuyo;
 que en mí no fuera razón
 exceder de tu elección.

DUQUE: Pues si eso es así, concluyo
 con que ya tengo escogido,
 mi Clemencia, un noble esposo,
 no de suerte poderoso
 que al título de marido,
 siendo rey soberbio, añada
 el título de señor,
 sino a quien siendo menor
 que tú, la vida privada
 y estado por ti mejore,
 a tu gusto se sujete,
 por señora te respete
 y por esposa te adore.

CLEMENCIA: (Si no es éste Enrique, el conde, Aparte
 cielos, decid ¿quién será?
 Pobre y sin estado está,
 y con mi amor corresponde.

Pedidme albricias si es él,
Amor.

DUQUE: Vergonzosa y muda,
mezcla el temor y la duda
en ti el jazmín y el clavel.

Razón será, despenarte:
tu esposo ha de ser, Clemencia,
Criselio.

CLEMENCIA: ¿Quién?

DUQUE: Su presencia
es digna de enamorarte.
Primo es mío, y su valor,
igual a sus prendas claras,
tanto, que si tú faltaras
le hiciera mi sucesor.

CLEMENCIA: Antes por ser tan cercano,
ni le admito ni le apetezco;
que bodas con parentesco
no se logran.

DUQUE: Ya es en vano
resistir mi voluntad;
que en fe de ser gusto mío,
para que dispense, envía
mañana a su Santidad
a César.

CLEMENCIA: (Amor, ya os lloro Aparte
malogrado.)

DUQUE: Éste es mi intento.
Sobre sangre, casamiento,
dicen que es sobre azul, oro.

CLEMENCIA: (O será mi esposo Enrique, Aparte
o la muerte me daré.
Un papel le escribiré.
Mi amor sus penas publique.)

DUQUE: Cuerda y obediente eres;
míralo y vuelve después.

CLEMENCIA: Como ese hombre no me des,
cásame con quien quisieres.

Vase CLEMENCIA

DUQUE: Ejecutaré mi gusto,
 o probarás mi rigor;
 mas no sufrirá mi amor
 que la case a mi disgusto.
 ¡Qué grande felicidad
 fuera si un padre engendrara
 como en el talle y la cara,
 en el alma y voluntad
 su semejanza! Mas Dios
 cría el alma y la da el ser,
 y así es milagro el hacer
 una voluntad de dos.

Sale CÉSARO

CÉSARO: De prevenir la partida
 que he de hacer a Roma, vengo.
 DUQUE: Mientras que yo no prevengo
 a Clemencia, persuadida
 a no hacer mi voluntad,
 ¿qué importan tus prevenciones?
 A ruegos y persuasiones
 responde con libertad
 que hasta el nombre le es odioso
 de Criselio, y porque vea
 si hacer mi gusto desea,
 le dé cuaquiera otro esposo,
 fuera de él.

CÉSARO: (¡Buena ocasión Aparte
 la envidia darme procura,
 para atajar la ventura
 con que me atormenta Otón!)

DUQUE: Es mi única heredera,
 ámola excesivamente,
 y aunque pudiera imprudente
 forzarla a que el sí le diera,
 mucho más debo a mi hija

que a Criselio, y entregarla
a quien aborrece es darla
no esposo, muerte prolija.

Pues mi palabra empeñada,
y dejar mi sucesión,
a falta de hijo varón,
por mujer continuada,
llévalo, César, mal.

Criselio, en fin, es mi primo;
por valeroso le estimo,
por discreto y por leal.

Si casara con Clemencia,
mi sangre se continuara,
sin que por ella pasara
a extranjera descendencia.

En aquesta confusión
que me aconsejes te pido.

CÉSARO: De que no se case ha sido,
gran señor, la causa, Otón;
que ya que a este punto llego,
traidor fuera, a no decir
lo que llegué a ver y oír.
Como Amor le pintan ciego
no repara en calidad.
Madama, gran señor, ama
a Otón.

DUQUE: ¿Qué dices?

CÉSARO: Madama
le muestra tal voluntad,
que si no es a Otón, no creas
que a otro dé la mano y sí.

DUQUE: Agora se fue de aquí,
y porque tu engaño veas,
afectüosa me pide
que con tu hermana Rosela
case a Otón.

CÉSARO: Ésa es cautela
con que sospechas impide.
Hácele tanto favor
y con tal publicidad,

que no falta en la ciudad
 quien satirice su amor;
 y quiérete deslumbrar
 con pedirte que le cases
 con mi hermana.

DUQUE: Si probases
 lo que acabas de afirmar,
 yo la dicha trocaría
 de Otón de suerte que hiciese
 que envidiosos no tuviese.

CÉSARO: A llamarle, pues, envía,
 y dile que luego quieres
 que se case con Rosela,
 verás cuál duda y recela;
 y que si fuerza le hicieres
 madama misma procura
 disuadirte el casamiento
 que te pidió.

DUQUE: El sufrimiento
 a estos tiempos es cordura.
 No ha Otón de perder conmigo,
 aunque contra él atestigües,
 mi amor mientras no averigües
 méritos de su castigo.
 Vele a llamar.

CÉSARO: (Si afrentado Aparte
 de mi liermana la aborrece,
 y por mujer se la ofrece
 el duque, es averiguado
 que ha de responder que no,
 y así queda satisfecha
 de Clemencia la sospecha,
 y de Otón vengado yo,
 que su ventura me tiene
 tal que fuera de mí estoy.)

DUQUE: ¿No vas?

CÉSARO: A llamarle voy.
 Pero él mismo, señor, viene.

Sale OTÓN

OTÓN: Ingenio siempre ignorante,
 ¿de cuándo acá discurrís,
 conjeturáis y argüís,
 si soy tan torpe estudiante?
 Dejad tanta consecuencia,
 y ya que hacerlas queréis,
 probad que os desvanecéis
 y que no me habla Clemencia.

DUQUE: ¿Otón?

OTÓN: ¡Gran señor!

DUQUE: ¡Qué poco
 de vuestro aumento curáis,
 cuando a mí me desveláis
 por él!

OTÓN: Si no es que tan loco
 me tenga el favor que siento,
 hacerme vos, gran señor,
 ¿qué aumento quiero mayor
 que el desvelaros mi aumento?

DUQUE: Ya es tiempo de que os caséis,
 que se pasa el tiempo en vano;
 y si ha de ser de mi mano,
 como a Rosela la deis,
 a su dóte me obligáis.

OTÓN: ¿Yo a Rosela, gran señor?

DUQUE: Vos; pues.

OTÓN: No me tiene amor.

DUQUE: Engañado, conde, estáis;
 que en su nombre me ha pedido
 Clemencia este casamiento.

OTÓN: ¿Quién, señor?

DUQUE: Turbado os siento,

CÉSARO: (No dirás que te he mentado.) Aparte

OTÓN: Túrbome de que madama
 pida que me case yo
 con Rosela.

DUQUE: ¿Por qué no,
 siendo Rosela su dama?

OTÓN: Mire, señor, vuestra alteza

que no pedirá por mí
madama...

DUQUE: Aquesto es ansí.

(Mi sospecha es ya certeza. Aparte

OTÓN: (¡Ay, soberbia presunción!) Aparte

Señor, que se burlaría
madama, o probar querría
de esta suerte mi intención.

DUQUE: ¿A qué efecto? ¿No es igual
este casamiento?

OTÓN: Yo

ni digo sí, ni que no.
Rosela tiene caudal
y belleza apetecida
para cualquiera valor;
lo que yo dudo, señor,
es que madama lo pida.

DUQUE: ¿Pues qué hay de dificultad
en eso?

OTÓN: ¿No es cosa grave
que cuando madama sabe
no tenerme voluntad
Rosela, quiera ofendella
y darme esposa a disgusto
de César?

DUQUE: Por mi gusto
César el suyo atropella.
Andad, y dentro de un hora
me dad la resolución
de este casamiento, Otón.

OTÓN: (Cayó la máquina agora. Aparte

Locura que en viento labras,
sobre arena edificué,
y aun menos, pues levanté
quimeras sobre palabras.)

Vase OTÓN

DUQUE: Bien probaste tu intención.

Éste es de Clemencia amante;
 indicio he visto bastante
 en su necia turbación.

¿Qué haremos?

CÉSARO: Darle la muerte;
 que el crimen de deslealtad
 es de lesa majestad.

DUQUE: No pagaré de esa suerte
 bien lo mucho que le debo.
 Ya no pretendo casarle
 con tu hermana, mas sacarle
 de Mántua.

CÉSARO: Tu gusto apruebo,
 aunque dejar con la vida
 a quien ayer levantaste
 del polvo y le sublimaste
 a tu privanza, convida
 a que otro como él se atreva
 a perturbar tu sosiego.

DUQUE: ¿No dices que Amor es ciego?
 Pues si es ciego quien le lleva,
 y le da mi hija ocasión,
 cualquier yerro le disculpa;
 Clemencia tiene la culpa.
 Echando de Mántua a Otón
 y enviándole al gobierno
 del despojado marqués,
 podrá Criselio después
 no malograr su amor tierno;
 con este título honesto
 los inconvenientes quito.

CÉSARO: Eso es premiar su delito.

DUQUE: Lo que le amo manifiesto.
 Ven, y haré la provisión
 del estado a que le envió;
 y porque algún desvarío
 no haga Criselio, en razón
 del desdén con que Clemencia
 niega el pretendido sí,
 la palabra que le di,

y de mi estado la herencia,
también le he de asegurar
con una cédula mía.

CÉSARO: (Mi envidia en vano porfía Aparte
a este idiota derribar.)

DUQUE: Crüel eres para juez.

CÉSARO: (¿Gobernador Otón ya?
¿Más que su estado le da
si le persigo otra vez?)

Vase el DUQUE, y sale el CONDE Enrique

CONDE: A buen término he venido
por vos, Amor. De mi estado
y libertad despojado;
de Clemencia aborrecido;
sin deudos y sin amigos
que de mis males se acuerden;
que los trabajos los pierden,
o los vuelven enemigos.

Pero, Amor, lo que más siento
es de mi ingrata el desdén
porque a quererme ella bien,
gloria fuera mi tormento.

CÉSARO: (Enrique es éste. Ya estoy Aparte
contra Otón determinado;
no gobernará el estado,
ni vivirá, si puedo, hoy.)
¡Oh, Conde!

CONDE: ¡Oh, Césaro amigo!

CÉSARO: Con tal nombre me estimad;
que yo os diera libertad,
a poder dar el castigo
a un bárbaro que merece
y estorba vuestra ventura.

CONDE: Libertad, no la procura
mi amor; que aunque me aborrece
Clemencia, contento vive
padeciendo en su presencia.

CÉSARO: Si como os ama Clemencia,
 y por dueño os apercibe
 el alma, no se opusiera
 la necia contradicción,
 Enrique, que os hace Otón,
 brevemente Mántua os viera
 su esposo, y del duque airado
 noble yerno y sucesor.

CONDE: ¿Clemencia me tiene amor?

CÉSARO: Mi hermana cuenta me ha dado
 de lo que por vos padece;
 lo que vuestra prisión llora,
 si os estima, si os adora,
 y si viéndoos se enternece.

Pero Otón, que al duque hechiza,
 ignorante y ambicioso,
 pretendiendo ser su esposo,
 a Clemencia os tiraniza.

A gobernar vuestro estado
 le despacha, y en secreto
 quiere esta noche, en efeto,
 ved si le tiene hechizado,
 que a Clemencia dé la mano,
 mientras Criselio lo ignora;
 que como sabéis la adora;
 y dándoos muerte inhumano,
 en tomando posesión
 de Monferrato, nombrarle
 por su marqués y dejarle
 de Mántua la sucesión.

Esto en secreto he sabido
 y a decíroslo me atrevo,
 porque a lo mucho que os debo
 es bien ser agradecido.

De esto último nada entiende
 Clemencia, a vuestro amor fiel,
 porque esta noche con él
 forzarle a casar pretende.

En fin, dama, estado y vida
 de aquí a mañana perdéis,

si remedio no ponéis.

CONDE: Sin Clemencia, bien perdida
será; déme fin crüel
el duque.

CÉSARO: Mejor remedio
es quitar a Otón de en medio,
que yo os prometo, muerto él,
de obligar que el duque viejo
trueque su enojo en amor.
Ya veis que me hace favor
y que estima mi consejo.

CONDE: Pues de qué modo os parece
se haga, y yo esté seguro
del duque?

CÉSARO: Pues que procuro
lo que Clemencia apetece,
fiad de mí vuestra suerte.
Esta noche a Otón matemos,
que a Criselio atribuiremos
seguramente su muerte,
que es su amante declarado,
y el duque tendrá por cierto
que alguno le ha descubierto
el casamiento tratado
con Otón, y que en venganza
de su menosprecio y celos
le ha muerto.

CONDE: Ayuden los cielos
vuestra industria y mi esperanza;
que vuestro será mi estado,
y es corta satisfacción.

CÉSARO: Quedaremos, muerto Otón,
vos contento y yo vengado.

Vanse los dos. Salen OTÓN y GILOTE

OTÓN: ¿Quedaba buena mi madre?

GILOTE: Buena, contenta y segura
de ver crecer tu ventura,

y bendiciendo tu padre
 el día que te engendró.
 Los trigos a la barriga;
 las viñas--Dios las bendiga,
 y a Noé que las plantó--
 señales mos dan cumpridas
 de hinchar hasta los capachos
 los cestos, y a los borrachos
 en llenarles las medidas.

El ganado hasta los perros
 gordos para reventar,
 rebosando el palomar,
 lleno el soto de becerros.

Borregos, Dios los aumente,
 ni en los rediles, ni cercos
 caben; como tú los puercos,
 no quitando lo presente.

Los prados llenos de potros,
 y las yeguas también llenas
 las barrigas, porque apenas
 unas paren, que entran otros.

Jugando el cura a la polla,
 el barbero y sacristén,
 damas y rentoy también.
 No hay hogar que esté sin olla,
 ni cuna sin dos chicotes.

A todos hallé con vida,
 y a mi Torilda parida
 de un rapaz con dos cogotes.

¿Qué hay de nuevo por acá?

OTÓN: Que me casa el duque.

GILOTE: ¿Es cura?

OTÓN: Rosela enmendar procura
 desdeñes viejos.

GILOTE: Sí hará;
 mas tú ¿qué dices a eso?

OTÓN: Nuevas imaginaciones
 traen mi seso en opiniones.

GILOTE: Pues quedarás sin seso.
 ¿Podremos saber de dónde

nace ese mal, o lo que es?

OTÓN: Pregúntamelo. después;
que sale Criselio.

Sale CRISELIO

CRISELIO: ¡Oh, Conde!

OTÓN: ¡Oh, señor! ¿A dónde?

CRISELIO: Vengo
al duque, que por mí envía.

OTÓN: Yo y todo a hablarle venía,
porque de una hora que tengo
de término para darle
cierta respuesta, no queda
nada ya.

CRISELIO: Bien os suceda;
porque yo temo enojarle
según vengo alborotado.

OTÓN: ¿Cómo?

CRISELIO: Con descuido trata
promesas que si dilata
le han de alborotar su estado.
Su primo soy, y Clemencia
cuando me dé mano y sí
gana.

OTÓN: El duque viene aquí.
Si le habláis llevad paciencia.

Sale el DUQUE con dos papeles

DUQUE: Primo.

CRISELIO: Gran señor.

DUQUE: Otón.

OTÓN: Señor.

DUQUE: A los dos estimo;
A vos, Criselio, por primo,
y A vos por inclinación.

Da a cada uno un papel

Tomad y leed los dos,
que así pretendo obligaros;

A CRISELIO

a vos por aseguraros,
y por honraros a vos.

Vase el DUQUE

CRISELIO: (¿Por asegurarme a mí? Aparte
Mi determinación sabe.)

OTÓN: (¡Por honrarme! ¿Qué honra cabe, Aparte
propicios cielos, aquí?)

GILOTE: ¡Oigan! ¡Cómo se han quedado
cada cual con su sentencia!

CRISELIO: (¿Si es cédula en que Clemencia Aparte
el sí de esposa me ha dado?)

OTÓN: (¿Si porque a Rosela admita, Aparte
algún estado me da?)

CRISELIO: (Suspensión, veamos va Aparte
lo que contiene esta dita.)

OTÓN: (Lo que dice quiero ver Aparte
el papel que a honrarme viene.)

GILOTE: Casa es cada cual que tiene
su cédula de alquiler.

Lee alto

CRISELIO: "Antes que os caséis, importa a mi
servicio y vuestro aumento, saquéis
mentirosa a la envidia que os pretende
descomponer conmigo, y esto ha de ser
partiéndoo a Monferrato, por gobernador

de todo su marquesado. Ocupad luego esa plaza, que sobre aquesta merced, cualquiera pretensión vuestra caerá mejor." El Duque.

Lee en secreto

OTÓN: "El amor que os tengo pasa por cualquier dificultad y contradicción, aunque haya no pocas para que os dé a mi hija Clemencia y con ella la sucesión de mi estado que procuran impedirme; y así para vuestra seguridad y en muestras de mi amor os doy esta firma de resguardo y mi palabra con ella, que otro no será su esposo que me herede sino vos."
El Duque.

CRISELIO: ¡Válgame Dios!

OTÓN: ¡Dios me valga!

CRISELIO: ¡Jesús!

OTÓN: ¡Jesús!

GILOTE: (Yo también Aparte
me santiguo, que si ven
algún diablo, porque salga,
bueno es echar bendiciones.)

CRISELIO: ¿Descomponerme procuran?

LOS DOS: ¡Jesús!

GILOTE: (Parece que curan Aparte
por ensalmo lamparones.)

OTÓN: (¿A mí palabra de esposo Aparte
de Clemencia, y su heredero
el duque?)

CRISELIO: (Algún lisonjero, Aparte
de mi privanza envidioso,
me descompone atrevido;
y para empezar a honrarme
el duque y asegurarme

la sucesión ha querido
 que gobierne a Monferrato,
 y haciéndome su marqués
 darme a Clemencia después.
 ¿Qué dudo? ¿En qué me recato,
 si en esta cédula corta
 asegura con certeza
 mi casamiento. ¿No reza--

Lee

"Antes que os caséis importa
 a mi servicio y aumento
 vuestro..."? Luego presupone,
 contra quien me descompone,
 por cierto mi casamiento.

Pues si el duque le asegura,
 temores, ¿qué hay que dudar?)

OTÓN: (Esto y más puede esperar Aparte
 el que tiene mi ventura.

Yo apostaré que Clemencia
 a su padre ha declarado
 el amor que me ha mostrado,
 y él por hacer experiencia
 del que a Rosela he tenido,
 que de Césaró sabrá
 sucesos pasados ya,
 me mandó ser su marido,
 para saber si la quiero,
 o pasó más adelante
 mi pretensión que de amante.
 Esto en mi provecho infiero.

De sangre ilustre desciendo;
 los Grimaldos y Fregosos
 en Italia generosos
 me dan el ser que pretendo.

No perderá calidad
 conmigo su ducal casa.

Lee

"El amor que os tengo pasa
 por cualquier dificultad
 y contradicción, aunque haya
 no pocas para que os dé
 a mi hija Clemencia." En fe
 de que mi ventura vaya
 siempre de bien en mejor,
 fácil será aquesta empresa,
 pues por escrito confiesa
 que me tiene el duque amor.
 Pues rompe dificultades,
 pues su heredero me llama,
 pues me promete a madama,
 pues sois sospechas verdades,
 Fortuna, tened segura
 la rueda sobre que fundo
 mi suerte, y seré en el mundo
 ejemplo de la ventura.)

GILOTE: Encantado está este día.

Hecho un papatoste estoy.

CRISELIO: (Clemencia es mía desde hoy.) Aparte

OTÓN: (Desde hoy es Clemencia mía.) Aparte

CRISELIO: (Mi dicha este papel muestra. Aparte

Id, amor, y pretended.

Lee

"Que sobre aquesta merced
 cualquiera pretensión vuestra
 caerá mejor." Pues por vos
 queda seguro este trato,
 ¡alto, Amor! ¡A Monferrato!)
 Conde, adiós.

OTÓN: Criselio, adiós.

Vase CRISELIO

OTÓN: ¿Fuése?
 GILOTE: Ya se fue.
 OTÓN: ¿Qué aguardo?
 GILOTE: ¿Qué diablos tienes, señor?
 Di.

Lee

OTÓN: "Y en muestras de mi amor
 esta firma de resguardo
 y mi palabra con ella
 que otro no será su esposo."
 ¿Hay hombre más venturoso?
 ¿Tal oigo, Clemencia bella?
 GILOTE: O me despide, o procura
 decirme qué es lo que tienes.
 OTÓN: Vida, gusto, estado, bienes,
 amor, esposa y ventura.
 GILOTE: O enloquecernos los dos,
 o dime en qué eres dichoso.

Lee

OTÓN: "Que otro no será su esposo
 que me herede sino vos."
 Besa, besa este papel.

Se lo acerca a GILOTE

GILOTE: ¿Gánase alguna indulgencia?
 OTÓN: Gano por él a Clemencia.
 GILOTE: Quien la gana bese en él.
 ¿Qué dice?
 OTÓN: ¡Si tú supieras
 leer!

GILOTE: Y como que sé.
 OTÓN: Pues lee aquí.
 GILOTE: *Q, u, e, que.*
 Por *q* comencé, ¿qué esperas?
 Bellaco agüero, por Dios.
 OTÓN: Suelta, torpe.
 GILOTE: Lee, ingenioso.

Lee

OTÓN: "Que nadie será su esposo
 que me herede sino vos."
 GILOTE: ¿No dice más?
 OTÓN: ¿Esto es poco?
 GILOTE: Clemencia está aquí, señor.
 OTÓN: Hasta en esto, tierno Amor
 tengo dicha.
 GILOTE: Y en ser loco.

Salen CLEMENCIA y ROSELA

CLEMENCIA: El duque me ha prometido
 que te dotará, y que Otón
 satisfará tu afición
 haciéndole tu marido.
 ROSELA: Beso tus pies.

Sale un PAJE

PAJE: Gran señora,
 el duque dice que al punto
 le veas.
 CLEMENCIA: (Lo que es barrunto. Aparte
 Querrá que el sí le dé agora
 a Criselio; pero aplique
 ruegos, promesas, rigor,
 que sólo dice mi amor,
 o morir, o ser de Enrique.)
 PAJE: El duque, señora, espera.

CLEMENCIA: Hasta en dar prisa es crüel.

Dale al conde este papel,
y que importa considera.

*Dale en secreto un papel a ROSELA, y vanse
CLEMENCIA, y el PAJE con ella*

ROSELA: (¿Para el conde, y sin nombrarle, Aparte

papel madama me da,
y que importa? ¿Quién será
el conde a quien he de darle?

En Mántua hay dos solamente,
Otón y Enrique. ¿Qué haré?
¡Mas si Enrique conde fue,
conde es de anillo al presente;
aborrécele madama
y por no verle se esconde,
luego no es Enrique el conde
a quien de esta suerte llama.

De Otón me hablaba Clemencia
antes de darme el papel,
y estándome hablando de él
nombrarle era impertinencia.

Podrá ser, pues mensajera
me hace, que en él le diga
el dote con que le obliga
y el estado que le espera
si con mi amor corresponde.

Lo que imagino será.
Pero si aquí Otón está,
y dijo, date éste al conde,
no hay duda de que le vio;
y dándola el duque prisa
discretamente me avisa
que para Otón le escribió.

Llego a hablarle.) ¡Oh, señor conde!

OTÓN: ¡Oh, Rosela!

Dándole el papel

ROSELA: Aquéste envía
 madama a vueseñoría,
 y si discreto responde,
 aunque viva descuidado
 de suerte tan venturosa,
 respete y adore esposa
 que le da en dote un estado.

Vase ROSELA

OTÓN: No hay ya que poner reparo
 en lo que Amor me apercibe.
 Pues que madama me escribe
 y Rosela habla tan claro,
 en Mántua es público ya
 mi casamiento.

GILOTE: ¿Por eso
 estás tan fuera de seso?

OTÓN: Si el duque su hija me da
 ¿no es, Gilote bien perdido?

GILOTE: ¡Cómo! ¿A quien te da?

OTÓN: A Clemencia.

GILOTE: Ésa es linda impertinencia.
 ¿No dices que te ha pedido
 que te cases con Rosela?

OTÓN: Ya de parecer mudó,
 y en popa mi amor rompió
 estorbos a remo y vela.

Lee el papel

"Conde, con la brevedad
 que a tanta prisa conviene,
 Clemencia afirma que os tiene
 rendida la voluntad.
 Pues anochece, gozad

la ocasión que os corresponde,
 que el jardín os dirá adónde,
 la dicha es bien que os espere,
 que Criselio usurpar quiere.
 Clemencia, esposa del Conde."

¡Criselio estorba sin duda
 el bien que casi adquirir!
 ¿Qué he de hacer, triste de mí,
 si el duque parecer muda?

Entristécese

GILOTE: ¿Hemos menester ayuda?
 ¿Tan presto se ha destemplado
 la gaita, o habemos dado
 salto en vago? ¿Qué hay de nuevo

OTÓN: Si amor de mi parte llevo,
 ¿qué estorbos me dan cuidado?

Alégrase

¡Alto! al jardín, que procura
 ser templo de mi trofeo,
 tálamo de mi himeneo,
 teatro de mi ventura.
 El duque me la asegura
 en e papel, donde afirma
 que su palabra confirma;
 pues cuando lo sepa airado,
 mostraré que me he casado
 con su gusto y con su firma.

GILOTE: Hombre eres de tornasol;
 ya estás alegre, ya triste;
 ¿qué camaleón te viste
 catalufas de arrebol?

OTÓN: Esta noche gozo a un sol.

GILOTE: ¿Sol de noche? No sé adonde
 le haya.

OTÓN: Un jardín le esconde,
y este papel lo confirma,
pues en él dice esta firma,
"Clemencia, esposa del conde."

Vanse los dos. Sale el DUQUE, y CRISELIO

DUQUE: Ansí, Criselio, aseguro
vuestra herencia y casamiento.

CRISELIO: Y yo en agradecimiento
de tanta merced procuro
no salir de lo que ordena
mi cédula y provisión.

DUQUE: Tormento es la dilación,
pero alivie vuestra pena
la palabra que os he dado,
primo, en ella.

Sale CLAVELA

CLAVELA: (Mi lealtad Aparte
ha de decir la verdad,
si hasta agora la he callado.)

DUQUE: Clavela, pues ¿qué queréis?

CLAVELA: Que volváis por vuestro honor.
Madama ha escrito, señor,
primero que la obliguéis
a que a otro esposo dé el sí,
al conde Enrique un papel
pidiendo que vaya en él
a verla...

DUQUE: ¿Cómo?

CRISELIO: ¡Ay, de mí!

CLAVELA: Esta noche a su jardín,
porque o ha de ser su esposa,
o con muerte rigurosa
dar a sus amores fin.
Que lo remediéis es justo,

pues el tiempo da lugar;
que yo no es razón callar
bodas a vuestro disgusto.

Mirad que es de noche ya,
y podrá ser que por obra
ponga el conde el bien que cobra
y esté, gran señor, allá.

DUQUE: ¡Ay, cielos! ¿Pues tiene amor
Clemencia a Enrique?

CLAVELA: ¿Quién duda
que el tiempo y frecuencia muda
como la edad el rigor?

Si esposo suyo le llama,
claro está que bien le quiere.

DUQUE: La sangre que de él vertiere
apagará su vil llama.

El no haberle yo quitado
la vida causa todo esto.

Mas no es tarde; vamos presto.
Que eres mi sangre has mostrado.

Yo Clavela, premiaré
el aviso que me das.

CRISELIO: (Nunca de mi parte estás, Aparte
ciego Amor, rapaz sin fe.

O tu fuego no me abrase
o sé piadoso conmigo.)

CLAVELA: (De esta vez al duque obligo Aparte
que con Criselio me case.)

Vanse todos. Salen OTÓN y GILOTE, de noche

OTÓN: Señas del jardín me han hecho.
Aquí, Gilote, me aguarda.

GILOTE: ¡Miren a qué chimenea,
con qué botas y lunadas!

OTÓN: Yo, Gilote, te haré rico.

GILOTE: Sal presto, que tengo el alma
en la prensa del temor;
que esos son pueblos en Francia.

OTÓN: Ea, propicia Fortuna,
este escalón no más falta
para subir a la cumbre
de la ventura más alta.
Dadme la mano y veréis
cómo celebro en estatuas
vuestra memoria.

Vase OTÓN

GILOTE: Colóse,
y creo que va a her colada.
¡Miren a qué Valdovinos
que le guarde las espaldas,
que es fiarlas del verdugo,
y ya ven cómo las guarda!
Gente parece que viene.
Mi suerte es tan desdichada,
que la traerá de Moscovia,
cuando no la hubiese en Mántua.

Salen el DUQUE, CRISELIO y otros

DUQUE: Cortaréle la cabeza,
¡viven los cielos! mañana,
siendo el tálamo un cadalso
y los palacios la plaza.

GILOTE: (Cabezas cortan, Gilote. Aparte
¡Que se cifren mis desaracias
a donde quiera que voy
del cogote a la garganta!
Si en mi tierra, a mi mujer
se te antojan mordiscadas,
si aquí degüellan--¡San Blas!--
mi gznate se os encarga.)

CRISELIO: Aguardemos, señor, que entre,
justificarás tu causa,
sin que excusas le disculpen,

y vendrá bien tu venganza.

DUQUE: Dices bien; mas junto al muro
siento un hombre.

GILOTE: (¡Madre Urganda! Aparte
convertidme en lagartija.)

CRISELIO: ¿Quién va?

GILOTE: (¡Oh, quién se transformara Aparte
en moldura de estas piedras!)

DUQUE: ¿Quién va?

GILOTE: Todo lo que anda
va, señores, su camino;
el huésped a su posada,
el arriero a la venta
y el que ha bebido a la cama.
Va a ganar bollos el cura,
la dama a caza de gangas,
y yo, sin irme, me voy;
testigos mis pobres calzas.

DUQUE: ¿Quién sois?

CRISELIO: ¿Sois el conde?

GILOTE: ¿Yo?
Condenada esté mi alma;
que yo esté, en vez de ser conde,
con desmayos que me acaban.

DUQUE: ¿Qué hacéis aquí?

GILOTE: ¿He de decirlo?
Unas cámaras extrañas
título dan a un lacayo
de marqués de Camarasa.

DUQUE: Decid quien sois o prendedle.

GILOTE: Venga acá. ¿Puede ser nada
un lacayo en este mundo?

DUQUE: ¿Lacayo sois?

GILOTE: Hasta el alma.

CRISELIO: ¿De quién?

GILOTE: Del conde, señores.

DUQUE: ¿Luego mi jardín y casa
ha escalado?

GILOTE: Sí, señor;
melones enteros cala.

DUQUE: Echad en tierra esas puertas.

GILOTE: La importante está ya echada;
que no hallará cerrajeros
que vuelvan a remendarla.

*Salen CÉSARO y el CONDE Enrique, de noche, y
acometen al DUQUE*

CRISELIO: ¡Ay, cielos!

CÉSARO: Éste es Otón.

CONDE: Muera, pues, y mi esperanza
viva.

DUQUE: ¡Ah, traidores! ¿Qué es esto?
¡Hola! ¡Ah, gente! ¡Ah, de mi guarda!

CÉSARO: El duque es, nuestro señor.

Salen ALABARDEROS y dos PAJES con hachas

DUQUE: Da voces.

UN PAJE: Aquí están hachas
y alabardas; no hay huír.

CONDE: (Aquí con mi vida acaban Aparte
mis desdichas.)

DUQUE: ¡Conde Enrique!
¡César! ¿Contra mí espadas?
¿A mí la muerte?

CÉSARO: Señor,
si merecen mis palabras
crédito, a Otón y no a ti
quisimos dar muerte airada.

DUQUE: ¿Pues por qué?

CÉSARO: Yo por envidia.

CONDE: Yo por celos que me abrasan.

DUQUE: ¿Celos, traidor, si Clemencia
para su esposo te llama
y a escalar mi jardín vienes
con la noche que te ampara?

CONDE: ¿Yo, gran señor?

DUQUE: Tú, traidor.
 CRISELIO: A tí te ha escrito madama;
 y este lacayo es testigo
 de que vienes a gozarla.
 GILOTE: Yo no estoy para firmar.

A GILOTE

CONDE: ¿Vos contra mí tal maraña?
 ¿Conocéisme vos a mí?
 GILOTE: En mi vida le eché paja.
 CÉSARO: Éste es criado del conde
 Otón.
 GILOTE: ¡Miren la bobada!
 Pues aquí ¿quién se lo niega?
 Si por aqueso barajan,
 ¿no ha que les estoy diciendo
 dos horas ya, que se casa
 con Clemencia el conde Otón;
 y por un papel o carta
 que le dio suyo Rosela,
 viene a her la encamisada
 que en las bodas se acostumbra?
 DUQUE: ¿Clemericia a Otón?
 GILOTE: ¡Qué pensaba!
 DUQUE: Derribad luego esas puertas.
 CRISELIO: Pues mis celos no me matan,
 poco a Clemencia he querido.
 CONDE: ¿Hay tal traición?
 CÉSARO: La venganza
 que el duque tomará de él,
 mi envidia quieta y amansa.
 CONDE: ¿Sin estado y sin Clemencia,
 y con vida? ¡Ay, fieras ansias!

Salen OTÓN, CLEMENCIA, CLAVELA y ROSELA

CLEMENCIA: Crüel, ¿qué traición es ésta?

OTÓN: ¿Yo traición, cuando te llamas
mi esposa, cédulas firmas
y en este jardín me aguardas?

DUQUE: Prended este hombre.

OTÓN se pone de rodillas

OTÓN: Señor,
humilde estoy a tus plantas.

DUQUE: No te levantarás de ellas
con vida.

OTÓN: Si tú lo mandas,
dichosa será mi muerte;
pero no sé que haya causa
para tan crüel sentencia.

DUQUE: ¿Cuando de afrentarme acabas,
dices que no hay causa, infame?

OTÓN: Por este papel, madama,
que me envió con Rosela,
como a su esposo me trata;
a sus bodas me convida;
y si vine a celebrarlas
es por ser, señor, tu gusto.

DUQUE: ¿Mi gusto?

OTÓN: No habrá mudanza
que niegue, duque, ser tuya
esta cédula firmada
de tu nombre, en que me das
seguridad y palabra
de casarme con Clemencia.

DUQUE: ¿Yo? Para que gobernaras
a Monferrato, te di
la provisión.

OTÓN: Hablen cartas.

CRISELIO: A mí, gran señor, me diste
la gobernación que acabas
de decir.

OTÓN: Y a mí de ser
sucesor tuyo, esperanza.

DUQUE: Troquélas. Vuestra ventura,
Otón, estas cosas traza.
Caballero noble sois
de lo más limpio de Italia;
lo que la ventura ha hecho
no es bien que yo lo deshaga.
Ella os casó con Clemencia.

CLEMENCIA: Y ella ha sido quien me engaña;
que yo el papel que escribí,
con Roscla le enviaba
al conde Enrique.

ROSELA: Eso no,
que si a Enrique me nombraras,
yo fuera esposa de Otón,
al conde dijiste.

DUQUE: Basta;
que la ventura se esmera
en hacer por vos hazañas.
Clemencia es ya vuestra esposa.

CLEMENCIA: Hasta en aquesto le ampara
su dicha, que le he cobrado
tanto amor, que es suya el alma.

DUQUE: Dadle, Criselio, a Clavela
la mano, y seréis de Padua
y de Cremona marqués.

CRISELIO: Yo beso las tuyas francas.

A su padre

CLEMENCIA: Al conde Enrique perdona.

DUQUE: Criselio tiene una hermana,
su estado le restituyo
si Enrique con ella casa.

CONDE: Con el sí te doy, señor,
debidas y justas gracias,
sin que en tu sangre y la mía
más enemistades haya.

DUQUE: Otón, pues Césaró quiso
daros muerte, ejecutadla

en él, o haced vuestro gusto.

CÉSARO: (¡Cielos! Esto me faltaba.) Aparte

OTÓN: Doyle en fe de esa licencia
dos villas, porque así paga
a las letras envidiosas,
cuando es noble, la ignorancia.

CÉSARO: Disculparme es ofenderte.
No hay en el mundo venganza
como es el dar bien por mal,
que afrenta y obliga.

OTÓN: Basta.
A Rosela, porque cumpla
de ser condesa las ansias
que ha tanto la traen inquieta,
con el conde he de casalla
de Florel.

ROSELA: Beso tus pies.

GILOTE: Tus padres, señor, acaban
de llegar, que a verte vienen.

DUQUE: Vamonos, pues, a ver a Octavia
y a Grimaldo, pues que son
vuestros padres.

GILOTE: ¿Y sin nada
me dejas?

OTÓN: Por tuya queda
la hacienda, prados y granja,
principio de mi ventura.

GILOTE: Vivas más que una madrastra.

DUQUE: En vos Otón, quede ejemplo,
con que inmortalice Italia
lo que puede la ventura.

OTÓN: Sin ella no valen nada
sangre, hacienda, armas ni letras,
pues es proverbio de España,
"Ventura te dé Dios,
que el saber poco le basta"

FIN DE LA COMEDIA